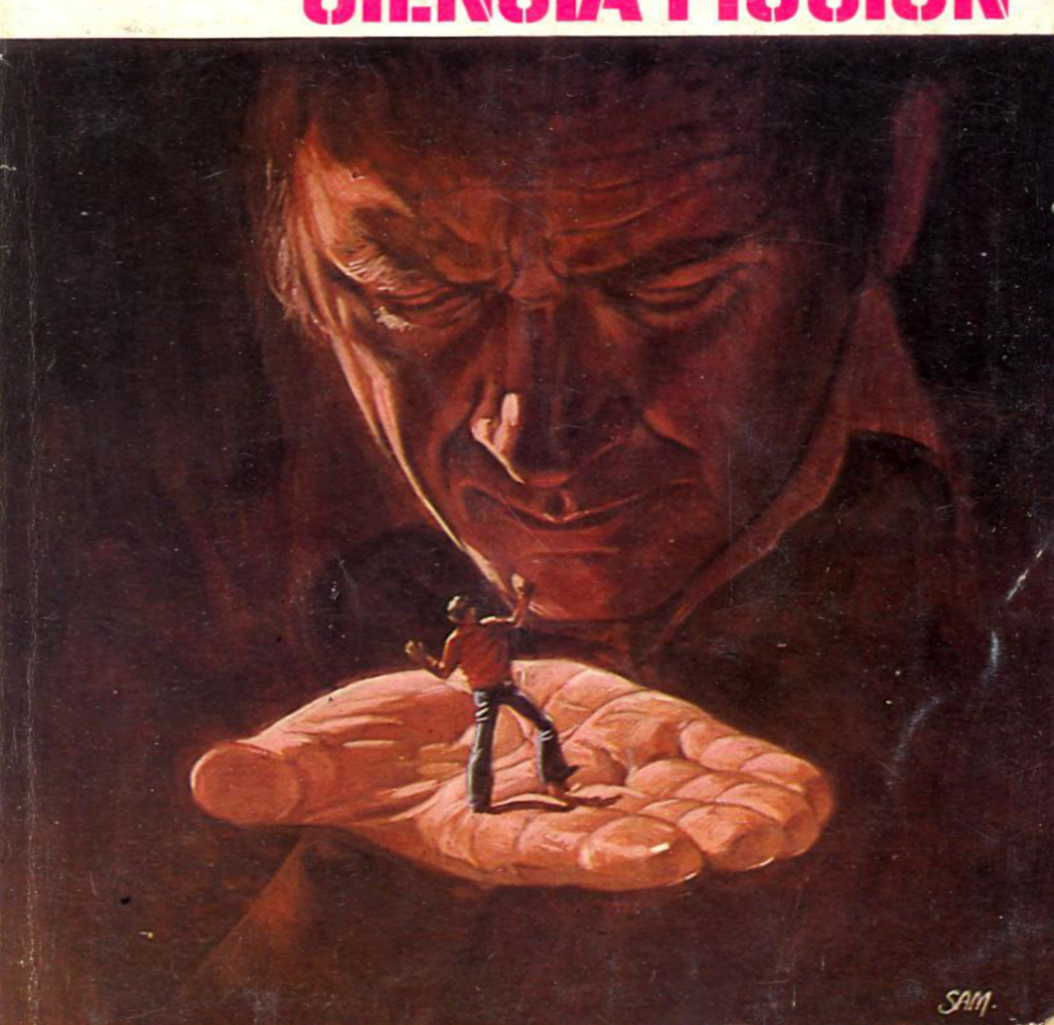
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS PARASITOS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



Los parásitos

Glenn Parrish

La Conquista del Espacio/420

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando el presidente Brownell nombró consejero para asuntos espaciales a Herman Tilden, todo el mundo se sintió muy extrañado, ya que se conocía la irreconciliable enemistad que existía entre los dos hombres. Tilden, incluso, había jurado en público, que no aceptaría del presidente ni el valor de un fósforo para encender el cigarrillo. Pero la sorpresa se pasó muy pronto; todo el mundo sabe que los políticos dicen hoy una cosa y mañana otra, y luego hacen exactamente todo lo contrario de lo que han prometido a sus electores... La gente, tras el momento de extrañeza, se lo tomó a broma y en pocos días dejó de preocuparse del asunto.

En la región europea, fue nombrado jefe de la Defensa un conocido pacifista, tan extremista a este respecto, que, para no usar armas, ni siquiera empleaba el cuchillo en la comida, ni para la carne ni para pelar la fruta. En China, en cambio, el cargo análogo fue a parar a un famoso veterinario. La gente dijo que si el veterinario se proponía defender a los animales y no a las personas en caso de una guerra, iba a formar un ejército de vacas, cerdos, gallinas —para las bandas de música—, caballos... la gran juerga.

En Rusia, varios literatos reputados fueron nombrados directores de transportes: ferrocarriles, navegación fluvial y marítima. Y, el colmo de la incongruencia llegó cuando, en la región africana, el director de Sanidad no fue un brujo de alguna tribu remota, sino el director de una empresa de Pompas Fúnebres. Los comentarios alcanzaron extremos delirantes ... , pero todo, a fin de cuentas, era política y como, en medio de aquellas barbaridades políticas, se anunció una rebaja general de impuestos en toda la redondez del planeta, la gente, más interesada en sus estómagos que en los problemas de gobierno, acabó aceptando los hechos con toda naturalidad.

Especialmente, un individuo llamado Nick Fargo, para quien la política era algo tan remoto, como la galaxia Andrómeda, situada, año luz más o menos, a dos millones de dicha unidad de distancia astronómica de nuestro planeta. A Nick Fargo, quien, en sus ratos de buen humor, se titulaba legítimo descendiente de uno de los fundadores de la famosa Wells & Fargo, sólo había dos cosas que le interesaran

primordialmente y por este orden: los naipes y su chica.
Fargo era un hombre joven todavía, treinta y un años, apuesto, de sonrisa fácil y con el atractivo suficiente para hacer enloquecer a cualquier mujer mayor de quince años y menor de ochenta. Naturalmente, había unos límites de edad que no solía rebasar en un sentido u otro: de veinte para abajo, nada, y lo mismo de cuarenta para arriba. Había estudiado, y conseguido el título, para ingeniero astronáutico. Pero en el siglo XXII, los ingenieros astronáuticos abundaban en la Tierra más que los agricultores en la Edad Media.
Por tanto, Fargo, apenas tuvo el diploma en sus manos, empezó a ver muy negro su porvenir. Aquel título tan maravilloso le servía apenas para conseguir el puesto de conductor de un camión de la limpieza pública. Por aquel entonces fue cuando descubrió dónde estaba su futuro, cuando, cierto día que, en unión de unos cuantos ingenieros tan parados como él, se puso a jugar a las cartas.
Aquella partida fue una revelación para el frustrado ingeniero astronáutico. Dejó a un lado la regla de cálculo y la computadora de bolsillo y se compró una caja de mazos de cartas.
Y empezó a jugar en serio.
Cuando sus progresos económicos se hicieron evidentes, Fargo pensó en añadir algún incentivo a las partidas. Y se buscó una rubia, un poco tonta de cara, pero con un cuerpo fenomenal. Polly Carlson no era tonta, ni mucho menos, aunque tampoco una lumbrera, salvo en dos aspectos: sabía preparar unos cocktails maravillosos y en la cama era un volcán.
Aquel día, había concertado una partida con algunos aficionados a las cartas, dos de los cuales eran gente de paso en la ciudad. A la hora de empezar, Polly no había dado aún señales de vida, por lo que fue el propio Fargo quien hubo de encargarse de las bebidas.
El día había sido caluroso. Fargo y sus cinco compañeros de juego se hallaban en una amplia habitación que tenía las ventanas abiertas, a fin de que circulara la brisa. De pronto, uno de los jugadores se llevó la mano al cuello, a la vez que lanzaba una enérgica interjección:
— ¡Malditos mosquitos!
La partida continuó sin incidentes. Se jugaba fuerte.
No había fichas, sólo billetes, de cien y mil dólares. Pujas de veinte y treinta de los grandes, eran corrientes en aquella mesa.
Otro de los jugadores se quejó también de los mosquitos. De pronto, Fargo notó cierto cosquilleo en la nuca. Antes de que el díptero clavase su aguijón en aquella sabrosa epidermis, Fargo, veloz como el pensamiento, se dio una palmada en el cuello. Algo muy pequeño se aplastó bajo su mano. Al ponerla ante los ojos, la vio manchada de rojo.
—Perdonen, amigos — dijo —. Esta vez lo cacé yo.

Voy a lavarme.
Cuando regresó del baño, se encontró con que dos de los jugadores, precisamente los forasteros, se habían marchado ya.
— Pero ¿qué diablos ha pasado aquí?
— Dijeron que el juego era un vicio inmundo y que no volverían a tocar un naipe en su vida —contestó uno de los conocidos, que se había mantenido firme en su puesto.
— Pues estaban perdiendo, pero bien, bien — dijo Fargo, estupefacto, porque conocía la psicología del jugador y sabía que muy pocos se retiran perdiendo a mitad de la partida, cuando todavía hay grandes posibilidades de recuperación.
— Sí, pero se fueron —contestó otro—. Y yo también, porque una partida entre cuatro, es de lo más aburrido...
Casi antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, Fargo se encontró solo y bastante disgustado, porque la noche apenas si había empezado. Además, faltaba Polly.
Pensó con desagrado en los vasos sucios y los ceniceros rebosantes de colillas. Pero la vista de los setenta y tantos mil «pavos» que había ganado le consolaron un poco de la defección de los compañeros de juego.
— La noche no se ha dado mal — murmuró.
Y, en aquel preciso instante, sonó el llamador del videófono.
Era Polly.
— Nick, adiós — dijo la rubia.
— ¿Quéeeee...? — respingó Fargo.
— Ya no volveremos a vernos más. Siempre guardaré un grato recuerdo de ti..., pero, mañana mismo, ingreso en un convento. ¡Que Dios te proteja, Nick!
El rostro de Polly desapareció de la pantalla. Fargo se quedó que no sabía bien si estaba soñando o Polly había tomado media docena de copas de más en alguna parte.
— ¡Un convento! —resopló—. Debe de haberse vuelto loca...
En cuanto a él, pensó que unas vacaciones no le sentarían mal. En los últimos tiempos, había jugado mucho y, aunque los beneficios habían resultado altamente satisfactorios, sus nervios empezaban a resentirse de la tensión.
— Mañana mismo, haré el equipaje — se prometió.

* * *

Los proyectos de Fargo sobre sus vacaciones iban a sufrir modificaciones. Por la mañana, cuando todavía estaba en la cama, oyó el sonido del videófono.
Todavía con el sueño en los ojos, se levantó y fue a la sala. «Debe de ser Polly; ya se le habrá pasado la borrachera», pensó.

Pero no, no era Polly, sino una hermosa joven, de unos veintisiete años, a la que hacía lo menos cinco o seis no había visto. El nombre de la joven era Adelaida Murchinson, aunque todo el mundo la llamaba Ada.
— Nick, ¿cómo te encuentras? —preguntó Ada.
— Pues... estupefacto — contestó Fargo—. Eres la última persona con quien habría soñado hablar esta mañana.
— Sí, me lo imagino, Nick. ¿Puedo pedirte un favor? Fargo pensó en los felices tiempos de estudiante.
Aunque siempre había tenido mucho éxito con las chicas, Ada, por una razón que no había llegado jamás a comprender, se le había resistido. Fargo, no obstante, era de buen talante y no había hecho un drama de su fracaso. Había en el mundo más mujeres que la hermosa e inalcanzable Ada Murchinson.
Pero ahora la tenía frente a sí, aunque en la pantalla, y le pedía un favor.
— Muy bien, haré lo que pueda, si puedo —contestó.
— Gracias, Nick. Nos encontraremos a la hora del almuerzo en Ferdinand. ¿Te parece bien?
— Estupendo.
La imagen de Ada desapareció de la pantalla. Fargo, mientras se rascaba la cabeza con una mano y las ingles con la otra, se preguntó si Polly tendría ya la cabeza despejada de los vapores alcohólicos de la noche pasada.
En lugar de Polly, apareció en la pantalla el rostro de una mujer de mediana edad, que aseguró ser la encargada de la limpieza del apartamento. La mujer afirmó haber hablado con la señorita Polly aquella misma mañana, aunque temprano.
Y concluyó:
— La señorita Polly está camino del convento de la congregación de María Santísima de los Dolores, señor.
Fargo cortó la comunicación, casi tambaleándose.
— Me conviene una ducha, una ducha, una ducha, una ducha... — dijo, como un disco rayado. No podía, en absoluto, imaginarse a Polly con las tocas monjiles. Porque las modas indumentarias habían cambiado mucho en el mundo, pero, en el interior de los conventos, los hábitos seguían siendo idénticos a los del pasado.
La ducha fue completada con medio litro de café puro y bien cargado.
A las doce en punto, Fargo estaba sentado ante una mesa en el Ferdinand.
Ada llegó unos minutos más tarde. Fargo la contempló arrobado. Aquella silueta, casi etérea, los largos cabellos castaños que, a veces, parecían tener hebras de oro, los grandes ojos casi verdosos... Embobado, se puso en pie y aceptó la mano que ella le tendía.

— Hace tiempo que no nos veíamos, ¿eh, Nick? —dijo Ada.
— Bastante, cinco o seis años..., desde que nos graduamos.
El *maître* vino con la carta. Eligieron un par de platos ligeros y luego Fargo ofreció tabaco a la joven.
— Y bien, ¿puedo conocer tus problemas? —preguntó.
—La verdad es que no sé por dónde empezar...
— ¿Estás casada? ¿Algún conflicto matrimonial?
— No, no me he casado todavía.
— Pues pretendientes, que yo sepa, no te han faltado.
— Alguno me interesó más que los otros, aunque no lo suficiente para unirme a él para siempre. Ni siquiera para establecer otra clase de lazos, los que no necesitan documentos legales ni bendiciones eclesiásticas.
— Entonces, el problema es financiero...
— Tampoco, Nick.
El camarero vino en aquel momento con los primeros platos y el diálogo se suspendió durante unos minutos. Luego, Ada dijo:
— Nick, ¿has leído la prensa u oído las noticias políticas de los últimos tiempos?
— ¿A qué te refieres?
— A ciertos nombramientos políticos que resultan incongruentes.
Fargo soltó una risa sardónica.
— ¿Hay algo congruente en la política? Sí, algo he leído, pero no me he preocupado del asunto.
— Bueno, pues yo, sí, porque hay para preocuparse, y mucho. Tomemos mi jefe, por ejemplo...
— Ah, tienes un jefe.
— Sí. Soy secretaria, en realidad, primer ayudante de Horacio Tomás, director de la Compañía General de Instrumentos de Precisión, una empresa de lo más prestigiosa que existe hoy día. El señor Tomás es un enamorado de su profesión y de su cargo, y había conseguido que la compañía alcanzase las cotas más altas de su historia.
— Sí, conozco la empresa y sé de su reputación. ¿Qué más?
— Pues bien, acaban de nombrarlo director de Bellas Artes. ¡Nick, mi jefe no sabe distinguir un cuadro al óleo de una estatua de mármol!
— Caramba, sí que es un nombramiento disparatado —se asombró Fargo.
— Lo peor de todo es que mi jefe ha dicho que le gusta muchísimo y que ese cargo había sido el sueño de su vida. No es verdad, Nick, no es verdad...
— Oye, ¿por qué no recomiendas que lo lleven a un psiquiatra? Y al que le ha dado el cargo también, desde luego.
— No puede ser, no serviría de nada.
— ¿Puedes explicarme las causas?

Ada inspiró fuertemente. Su pecho, de suaves curvas, se hizo notar bajo la blusa blanca que llevaba puesta.
— Porque, tanto ese nombramiento como los otros, tan disparatados, se deben a la voluntad de los extraterrestres que nos han invadido — dijo solemnemente.

CAPÍTULO II

Fargo alargó su mano para coger la copa, cuyo contenido despachó de un golpe. No, no era Horacio Tomás quien necesitaba el psiquiatra. Pero Ada era tan bonita... Lo mejor era, decidió, seguirle la corriente.
— Bueno, nos han invadido los extraterrestres —dijo calmosamente —. ¿Dónde han desembarcado?
Ada puso cara de pena.
— Veo que no me crees —suspiró—. Está bien, buscaré a otro más comprensivo... Por supuesto, no te lo reprocho ...
— Espera —dijo Fargo rápidamente, a la vez que alargaba la mano hacia la joven—. No tengas tanta prisa, mujer. Anda, cuéntamelo todo. Por favor —añadió persuasivamente.
— Está bien. Antes te he hablado de nombramientos políticos disparatados.
—Sí, es cierto, y en eso estoy de acuerdo contigo. Pero ¿por qué ha de ser obra de unos extraterrestres? ¿Acaso han tomado figura humana y obligan a ciertos personajes de relieve a hacer esos absurdos nombramientos?
—No. Simplemente, se han infiltrado en los cerebros, apoderándose de su voluntad y obligándoles a hacer lo que ellos quieren.
— Están dentro de las mentes...
— Exacto. Para la vida normal, los afectados por esos seres, no tienen dificultades. La cosa varía cuando se trata de decisiones relacionadas con sus cargos. El presidente, el secretario de la Defensa Europea, el jefe de Sanidad africano... Horacio Tomás...
De pronto, sin saber por qué, Fargo pensó en Polly.
Casi se echó a reír.
— ¿Qué te pasa? — preguntó ella, muy picada —. ¿He dicho algo especialmente gracioso?
— No, en absoluto. Es que me acordaba de cierta persona... Ada, dime, los extraterrestres, ¿atacan, por llamarlo de algún modo, solamente a los personajes de categoría?
— Generalmente, sí, aunque no excluyo ataques a otras personas de menor relieve social o político.
— Por ejemplo, Polly Carlson —murmuró Fargo.
— ¿Decías, Nick…?
— No, nada. Pero, dime, por favor, ¿cómo has llegado a esa

conclusión?
—Primero, por mi perro «Tookie». Segundo, después de lo que le sucedió al perro, por deducciones después de estudiar detenidamente todos los casos que se han producido hasta la fecha.
Fargo miró atónito a la muchacha. ¿Qué diablos tenía que ver un perro, seguramente faldero, con los extraterrestres?
— A ver, cuéntame —pidió.
— «Tookie» era el animal más fiel y más manso que te puedas imaginar —dijo Ada—. No era, ciertamente, un seguro contra los ladrones, a pesar de su fiera apariencia. Yo lo había criado a biberón y... bueno, ya sabes lo que pasa en estos casos. Pero hace algunos días, de repente, «Tookie» se volvió una auténtica fiera. — Los ojos de Ada se humedecieron —. Dos patrulleros tuvieron que rematarlo a tiros en mi propio jardín. Luego, se llevaron el cuerpo para que lo examinara un veterinario, por si presentaba síntomas de rabia.
— Y no había contraído esa enfermedad — adivinó Fargo.
— No. El examen fue hecho por el mismo veterinario que siempre lo había atendido, doctor Crescence. Cuando terminó, me llamó y me enseñó las radiografías del cerebro. Había algo muy raro, dijo, y yo lo vi, una mancha alargada, de unos tres centímetros de largo, casi con figura humana. Crescence dijo que se trataba de un tumor, producido por algún insecto que había picado a «Tookie».
—¿Y…?
—Cuando examinó el cerebro, sólo encontró una pequeña porción de masa encefálica que había variado de aspecto, como si hubiese sufrido una modificación genética. Crescence sostiene que algo entró en la mente irracional de «Tookie», forzándole a abandonar su mansedumbre.
— Puede tratarse de un virus de una especie desconocida —alegó Fargo.
Ada hizo un gesto negativo.
— No. Todo coincide, el cambio temperamental de «Tookie», los disparatados nombramientos políticos... Nos han invadido, Nick.
Fargo se acarició el mentón.
— Supongamos que es cierto —dijo—. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarte?
— Mi jefe irá a su nuevo despacho la semana próxima.
Quiero que antes lo examine un reputado neurólogo y le haga unas radiografías. Se lo he insinuado, pero el señor Tomás se niega rotundamente.
— Ah, lo que tú quieres es que yo lo lleve a ese médico...
—Sí, Nick.
— Me estás proponiendo una especie de secuestro, Ada.
Ella guardó silencio. Fargo emitió una interjección en voz baja.

— Conoces mi fama, ¿eh?
— Lo siento, Nick. Hasta mis oídos han llegado ciertos ecos.
— Bueno, puedo ser un tahúr, pero no un hampón —dijo él de mal talante.
— Lo sé, pero conoces a gente...
— Si hago eso, lo haré solo. Bueno, con tu ayuda. No faltaría mas, ir por ahí contratando a rufianes...
— ¿Podremos los dos?
—Descuida. ¿Qué tiempo tenemos?
— Una semana.
— Dame tu dirección y número de videófono. También el de tu jefe, claro.
Ada abrió su bolso, sacó una tarjeta de visita, escribió en ella algunas líneas y se la entregó a su interlocutor, quien la guardó en uno de sus bolsillos. Al terminar, sonrió.
— Aunque sea por esta causa, me alegro de haberte visto, Ada — dijo.
— Yo también, Nick — contestó la joven.

* * *

Los días que siguieron, fueron para Fargo de una intensa actividad, aunque rebosante de monotonía, ya que estaba enterándose de las costumbres de Horacio Tomás. Al fin, cinco días más tarde, llamó a Ada:
— Tu amigo el neurólogo, ¿está dispuesto a cualquier hora?
—Sí, Nick.
— Bien, en tal caso, aguárdame a las ocho, en la esquina de las calles Setenta y Florida. No lleves coche, usaremos el mío.
— Gracias, Nick.
— Hasta la vista.
Un cuarto de hora más tarde, Fargo llamaba a la puerta de la lujosa residencia de Horacio Tomás. Una atildada doncella acudió a recibirle.
— ¿Sí?
— Por favor, anúncieme al señor Tomás — pidió Fargo muy serio, a la vez que enseñaba algo —. Soy el sargento detective Nicholas Fargo, de la 11ª. comisaría.
— Bien, señor, tenga la bondad de pasar.
Fargo aguardó en el vestíbulo unos minutos. No tardó demasiado en aparecer un hombre de mediana edad y próspero aspecto, que le miró con reticencia.
— Me han dicho que quieren verme en la comisaría, sargento —dijo secamente.
— Así es, señor. Una de nuestras patrullas móviles, atrapó a un hombre sospechoso, que llevaba una maleta pesadamente cargada.

Al abrirla encontramos una serie de instrumentos de alta precisión, completamente nuevos, con la marca de su empresa...
— ¡El robo es imposible en mi compañía! —protestó Tomás con gran vehemencia—. Hay un sistema de seguridad perfecto, sargento.
— Lo lamento muchísimo, pero las pruebas son irrefutables, aparte de que el ladrón, para evitarse una condena más dura, ha confesado de plano. El capitán Swan le ruega acuda para identificar esas piezas.
— Tengo montones de empleados que podrían hacer lo mismo...
— El capitán Swan dijo que usted era amigo suyo, señor.
— Hum, toda esta historia me parece rarísima... Impasible, Fargo señaló el videófono que había sobre una mesita.
— Puede llamar a mi jefe, si gusta —dijo.
— Sí, lo haré.
Fargo pensó que Tomás no haría un buen director de Bellas Artes. Demasiado temperamental. Mal genio a chorros.
Las respuestas del capitán Swan fueron, sin embargo, lo suficientemente persuasivas para que Tomás se decidiera a acompañar al «sargento» Fargo. No obstante, al llegar junto al coche, se detuvo en seco.
— Oiga, este trasto no parece de la policía...
— Los coches de los detectives que van de paisano no llevan insignias, señor. Hubiera hecho muy mal efecto enviarle a usted un coche con agentes de uniforme —. dijo Fargo altisonantemente,
Tomás entró en el coche. Al sentarse, lanzó un «Ay» estentóreo y dio un bote que le hizo pegar con la cabeza en el techo.
— ¡Maldita sea, sargento! ¿Con qué diablos tapizan los asientos de los coches policiales?· ¿Es que los policías son fakires?
— Lo siento mucho, señor; debe de ser un defecto del tapizado...
Fargo se calló. Ya no había necesidad de dar más explicaciones. Tomás se había callado. No estaba dormido, simplemente, narcotizado.
Sonriendo, el joven se situó en el asiento del conductor. Dio el contacto y los generadores antigravedad elevaron el coche a un palmo del suelo. Luego gobernó hacia el lugar de la cita con Ada. Ella aguardaba en la esquina indicada y se metió en el coche sin pérdida de tiempo.
— ¿Ha costado mucho? —preguntó.
— Cinco días —respondió él—. Aparte de observar sus costumbres, tuve que preparar el escenario adecuadamente.
Fargo explicó a la joven el truco empleado. Ada no salía de su asombro.
— Pero ¿cómo pudo contestarle una mentira el capitán Swan? —exclamó.
— Ada, yo hice previamente una derivación a la casa de un amigo.

Entre paréntesis, me debes quinientos dólares, que he de pagar al actor que se caracterizó de capitán Swan. Cuando Tomás llamó, para cerciorarse de que no se trataba de un ardid...
— No sigas, lo comprendo perfectamente. Pero ¿por qué está tan callado? —se extrañó.
Fargo sonrió maliciosamente.
— Al entrar en el coche, se sentó sobre lo que creyó en un principio era un muelle suelto del tapizado. En realidad, era una aguja impregnada de un poderoso hipnótico.
— Al doctor Penobscue no le gustará...
— ¿Querías acaso que llevase a tu jefe con una pistola en los riñones? Todo lo contrario, si Penobscue se despacha antes de tres horas, su labor se verá mucho más facilitada por el estado actual de Horacio. Además, ello no le impedirá contestar con absoluta franqueza a todas las preguntas que pueda hacerle el neurólogo, ¿comprendes?
Ada suspiró.
— Ojalá sea como dices, Nick.
— Será — prometió él con voz firme.

* * *

Después de dos largas horas de espera, el doctor Penobscue salió con unas radiografías en la mano, que situó ante la lámpara de examen. Fargo y Ada se levantaron en el acto.
— Tomás tiene algo en su cerebro —dijo el neurólogo—. No parece ser dañino, pero está ahí.
Los dos jóvenes fijaron la vista en las radiografías.
Sí, allí estaba aquella manchita de tono algo más oscuro que el cerebro y con una vaga forma humana. Al cabo de unos segundos, Fargo se volvió hacia el galeno.
— ¿Sabe lo que es?
— Está muy hondo, en el centro del cerebro —respondió Penobscue —. No se puede «entrar» sin matarlo.
— ¿Qué opina usted?
— Debería someterlo a una temporada de observación...
Ada intervino rápidamente.
— No creo que sea nada —dijo—. Seguramente, algo de cansancio. Pero esa mancha no tiene la menor importancia, doctor. ¿Ha contestado bien a sus preguntas?
— Con absoluta normalidad, a pesar de estar narcotizado, señorita. Pero he visto también algo... Cuesta mucho y sólo un experto puede advertirlo —dijo el neurólogo. Con el lápiz en la mano, señaló un punto situado en la parte posterior del cuello de Tomás, bajo la nuca—. Aquí hay un canal, rastros, mejor dicho, que no tiene ni medio milímetro de diámetro, que parte de la epidermis hasta el lugar donde se ve esa

manchita, Yo diría que ese canal es la huella de la cosa que entró en el cerebro de Tomás, arrancando de la piel del cuello.
— ¿Un bichito maligno, doctor? — sugirió Fargo.
— Las calificación es un poco... bueno, digamos no científica. Pero pudo suceder. Ahora, que eso sólo lo sabremos de otra forma.
— ¿Cuál, .doctor? — preguntó Ada.
—Autopsia.
La joven se estremeció.
— Está perfectamente sano — dijo a media voz.
— Lo siento, he hecho todo lo que está en mi mano — contestó el neurólogo —. Por supuesto guardaré secreto profesional… pero si viesen que el estado del señor Tomás empeora súbitamente, avísenme de inmediato. Más téngame al corriente de cualquier variación en su salud, por nimia que sea y aunque se trate de cualquier enfermedad, aun la más leve.
— Le tendremos al corriente, doctor —prometió la muchacha.
— Muy bien, ahora le ordenaré que se vaya con ustedes.
— Doctor, envíe la minuta a la oficina directiva de la compañía, a mi nombre personalmente — indicó Ada.
Penobscue se inclinó. Momentos después. Horacio Tomás aparecía en la antesala.
— Vamos jefe —dijo Ada alegremente.
Fargo condujo a la pareja hasta la casa de Tomás.
Cuando llegaron faltaban escasos minutos para que despareciesen los efectos del narcótico. Las tres horas transcurridas desaparecerían, sin embargo, de la mente del paciente.
Una vez que le vio entrar en casa. Fargo arrancó de nuevo. Ada había viajado en el asiento posterior y se adelantó para apoyar los brazos en el respaldo del delantero.
— Nick, ¿qué opinas? —preguntó.
— Lo primero de todo. ¿cómo se te ocurrió la posibilidad de una invasión de extraterrestres?
— Hace algunos años, los tripulantes de una nave que regresaba de Sirio Seis trajeron los gérmenes de una rara enfermedad, por fortuna no mortal, aunque sí muy contagiosa y de difícil y costosa curación. Nick, en el espacio viven cosas de las que no tenemos la menor idea. Aquellos gérmenes eran, por supuesto, irracionales.... pero ¿por qué no pueden existir gérmenes inteligentes?
Fargo se espantó al oír aquellas palabras.
— Sería terrible —exclamó.
Hubo un momento de silencio. Luego. Fargo fue el primero en hablar de nuevo:
— ¿Habrán llegado como «polizones» en alguna astronave?
— No lo sé, aunque espero averiguarlo — contestó Ada.

CAPÍTULO III

El lugar destinado a piscina tenía un rinconcito, muy bien protegido por un espeso seto en U, que evitaba por completo las vistas de posibles curiosos. Por dicha razón, Fargo y su hermosa acompañante estaban sobre la hierba, en la más edénica de las indumentarias, aunque, para evitar una frescura excesiva, sobre unas finas toallas de vivos colores.

Ella estaba boca arriba, con las manos bajo la cabeza.

El índice de Fargo contorneaba sucesiva y maliciosamente los rotundos senos de su bella acompañante. Ella, de cuando en cuando, soltaba una risita y le decía que la dejase, que le hacía muchas cosquillas, pero no hacía el menor gesto para evitar las excitantes caricias de su anfitrión. Fargo, por su parte, había llegado a olvidarse completamente de los supuestos gérmenes invasores. En aquellos momentos, ni siquiera se acordaba de Ada, ni de Horacio Tomás ni de lo que había hecho como falso policía.

La joven era morena, de rostro ardiente y ojos voluptuosos. Fargo la estaba entrenando para que sustituyese a Polly. El nombre de la joven era Ruby Kittin.

— Esta noche tengo partida de cartas —dijo él de pronto—. ¿Sabrás desempeñar bien tu papel?

—Descuida.

El sol daba de lleno en aquel rinconcito tan agradable y Ruby, de pronto, se volvió boca abajo, a fin de tostar todo el dorso de su cuerpo. Fargo se sentó, para encender sendos cigarrillos. De pronto, oyó una exclamación:

— ¡Maldito mosquito! ¡Me ha picado!

Casi en el mismo instante, Fargo percibió un leve zumbido hacia la parte de la nuca. Su mano se movió con increíble rapidez, aplastando al díptero antes de que lograse clavarle su aguijón.

—Aguarda un momento, nena —dijo él—. Iré a buscarte colonia con medicina especial para las picaduras de mosquito.

—Sí, tráela pronto —pidió ella, inquieta—. Si me aparece un bulto en la nuca, no podré llevar el vestido escotado..., y ahora hace demasiado calor para ponerme peluca de cabellos largos.

Ruby tenía el pelo cortado como un muchacho, con la nuca completamente despejada. Fargo comprendió muy bien sus razones y se puso en pie.

Entonces, observó que tenía sangre en la mano derecha. Aquella manchita roja le trajo a la memoria una escena sucedida ya hacía algunas semanas.

Profundamente preocupado, se puso una bata corta y caminó hacia el

baño. Después de lavarse las manos, buscó la colonia desinfectante. Cuando salía, se encontró con Ruby.
— ¿Adónde vas? — preguntó él, extrañado.
— Dispensa, pero no puedo quedarme contigo — contestó ella.
— ¿Que no puedes...? Oye, guapa, no gastes bromas pesadas. ¿Eh?
— Hablo en serio, Nick. Me marcho.
— Por todos los diablos... ¿Es que ahora, después de haber organizado una partida en forma, vas a dejarme plantado?
— Sí, lo siento. He visto claro lo que debo hacer.
Solicitaré una plaza de enfermera en el Memorial Hospital. Creo que me la darán en seguida; en tiempos, yo era muy competente...
A Fargo se le cayó la mandíbula inferior. Ruby, sin decirle nada, siguió su camino hacia el dormitorio, en donde tenía sus ropas.
De pronto, Fargo reparó en la gotita de sangre que Ruby tenía en la nuca, un poco más arriba de la conjunción del cuello con los hombros.
— ¡Eh, espera—llamó—, no te marches así! Al menos, deja que desinfecte la picadura de mosquito...
Ruby le dirigió una dulce sonrisa, tras la rápida cura.
— No comprendes, ¿verdad? —dijo—. Lo he visto claro, mi deber está en atender a los enfermos...
No, Fargo no lo comprendía, pero nunca le gustaba forzar a una mujer que se quedase con él contra su voluntad. Ya se arreglaría solo con los compañeros de juego, decidió melancólicamente.
— Pues no lo entiendo —dijo, cuando Ruby se hubo marchado, apenas media hora después—. Una de mis *partenaires* se arrepiente súbitamente y se mete monja... Otra dice que va a dedicar su vida al cuidado de los enfermos ... ¿Qué me dirá la tercera?
Un tanto irritado se puso colonia desinfectante en la palma de la mano derecha y frotó vigorosamente la nuca. Cuando terminaba la operación, sonó el videófono.
Era Ada Murchinson.
— Vaya, creí que te habrías olvidado de mí —dijo Fargo un tanto irónico —. ¿Qué, cómo está tu jefe?
— Metiendo la pata en su departamento de Bellas Artes —contestó Ada—. Pero en fin, tiene expertos que le ayudan... Nick, no era de mi jefe de quien quería hablarte.
— ¿Entonces...?
— ¿Puedes venir a mi casa?
Fargo suspiró. Pensó en Ruby, pensó en la partida de cartas..., y, al fin, decidió enviar todo al diablo.
— Iré —repuso.
— Gracias. Cenaremos juntos, Nick. Hasta luego.

* * *

La cena había terminado ya. Ada sirvió el café y los licores en un rincón íntimo de la sala, donde había un cómodo diván y dos grandes butacones. Encendió sendos cigarrillos y pasó uno a su invitado.
— Hay más gente atacada por los gérmenes inteligentes — dijo por fin.
— Te ha preocupado el asunto, ¿eh?
— Desde que le ocurrió eso a mi jefe, no hago más que investigar. Los casos son poco menos que infinitos.
— Unos gérmenes con inteligencia…
— Nick, tal vez, en algún remoto rincón del universo, existe un planeta gigante, con seres gigantes que lo habitan, al lado de los cuales, nosotros somos como hormigas o menos todavía. ¿Por qué no nos puede pasar a nosotros lo mismo con esos seres tan diminutos?
— Oh, sí, claro — contestó él, escéptico —. Pero, dime, ¿cómo han llegado hasta la Tierra? ¿De polizones en una astronave, como ya dije en una ocasión? ¿Con su nave propia, que no es más que una moneda de dólar?
— Nick, no tomes el asunto a broma. Es mucho más serio de lo que te piensas. Todos los casos que he estudiado, corresponden a gente importante. ¡Están ocupando todos los puestos claves de los distintos gobiernos de la Tierra!
—¿Y qué? Hasta ahora, que se sepa, no se han producido declaraciones hostiles de un gobierno a otro, ni hay preparativos bélicos...
— Pero, si nos dominan, pueden convertirnos en sus ovejas. .
— ¡Béee! — dijo él, burlón —, Ada, ¿quieres que te diga mi opinión sincera sobre este asunto?
— Te lo agradeceré — dijo ella glacialmente.
— Pues bien, las actitudes de ciertos políticos, corresponden exactamente a lo que se espera de ellos. Dicen una cosa y hacen otra, hoy piensan así, mañana pensarán de otro modo... ¿Has oído hablar, por ejemplo, de que algún militar haya dicho un disparate? ¿Han nombrado a un general comisario de Higiene Pública? No, ¿verdad? Todos están en sus puestos, dedicados exclusivamente a su profesión, sin meterse en política y sin hacer declaraciones delirantes. Estás equivocada, Ada, muy equivocada.
Los ojos de la joven centellearon.
— Muy bien —dijo—. Puesto que ésa es tu manera de pensar, no volveré a pedirte más que me ayudes. De todos modos, gracias por haber acudido a mi llamada...
— Mujer, habría venido aunque fuese descalzo y pisando sobre brasas — exclamó Fargo, tratando de echar la cosa a broma.
— …Pero, por si acaso —prosiguió Ada, inflexible—, te recordaré algo que tú me has contado esta misma noche. Al menos, eres sincero y

eso es de elogiar, gracias. — ¿Por qué lo dices?
— Nunca has tratado de ocultarme cómo te ganas la vida. Y me has contado lo que les pasó a tus *partenaires*. La una, monja; la otra, enfermera; y ambas tomaron la decisión súbitamente, sin que nada hiciera presentir sus verdaderas vacaciones, ¿no es cierto?
Fargo se alarmó.
—Ada, no irás a creer que ellas también...
La joven se reclinó en el diván, con aire displicente.
— ¿Por qué no vas a visitar a sor Clara de la Consolación? Es el nombre que ha tomado Polly Carlson en el convento, ¿no?
Fargo apretó los labios.
— Mañana mismo iré a visitar a sor Clara — prometió.
— Está bien, no te pido más. Ah, una cosa: protege tu cuello.
— ¿Cómo?
— He averiguado algo muy importante. Todos los gérmenes penetran en el organismo humano por el mismo sitio: exactamente, al nivel de la segunda vértebra cervical. Mejor dicho todavía: en el espacio que hay entre la primera y segunda vértebras. ¿Recuerdas las radiografías que Penobscue tomó de mi jefe?
— Sí — dijo Fargo con la boca abierta de par en par.
— Penobscue señaló exactamente el punto por donde había entrado aquel misterioso ser. He hablado con mi jefe y algunos otros a quienes supongo atacados por esos gérmenes. Todos coinciden en lo mismo: un fuerte picotazo en la nuca que, sin embargo, no ha tenido consecuencias, como suele pasar cuando el aguijonazo procede de una abeja, por ejemplo.
Fargo asintió lentamente. Ahora sí empezaba a convencerse. Ruby se había quejado de un mosquito... la sangre en su nuca...
De pronto se sintió mareado.
—Ada, creo que yo... al menos en dos ocasiones, he matado a sendos gérmenes...
Ella inclinó el busto hacia adelante.
— ¿Seguro, Nick?
— Segurísimo. Oye, la mano se me manchó de sangre. No mucho, como una moneda de diez centavos..., pero diablos, ni cien mosquitos hartos hubieran producido tanta sangre...
— Entonces estás de enhorabuena —dijo ella—. Por ahora te has librado, pero yo voy a hacer que te protejas para lo sucesivo. ¡Mira! — exclamó de pronto.
Ada se volvió y levantó el cabello con las dos manos.
Atónito, Fargo pudo ver en el cuello de la joven una tirita de tela adhesiva.
— Está justo encima del punto en que suelen atacar los gérmenes — añadió la joven.

— Pero si atraviesan la piel, también podrán atravesar un trocito de tela...
— No, porque debajo, es decir, encima de la piel, he puesto una chapita de metal.
Fargo meditó durante unos segundos. Luego dijo:
— No es mala idea. ¿Cómo se te ha ocurrido? Porque el germen podría encontrar otro sitio para adentrarse en un organismo humano...
Ada hizo un firme gesto negativo.
— Todas las observaciones que he hecho han dado un resultado idéntico — respondió —. Esos gérmenes actúan de una forma, racional o no, absolutamente idéntica, del mismo modo que ciertas especies de avispas, la *Pompilus polistoides* y la *Sphecius speciosus* atacan a sus víctimas, generalmente arañas y cigarras, clavándoles el aguijón exactamente en un punto donde el sistema nervioso queda paralizado. El insecto así atacado queda inerme y la avispa deposita un huevo, con lo que su larva tendrá alimento al nacer.
— ¡Caray, vaya un ejemplo! — se estremeció Fargo.
— Es exactamente lo mismo, sólo que, en lugar de devorar nuestro organismo, se apoderan de nuestra mente. No cabe la menor duda; sólo hay un punto por donde los gérmenes, por la causa que sea, pueden llegar hasta nuestro cerebro. — Ada le miró suplicante —. ¿Me ayudarás? He preparado para ti un «blindaje» idéntico...
Fargo alzó de pronto el dedo índice.
—— Te ayudaré, pero, antes de dar el próximo paso, tengo que hacer algo que estimo inexcusable —contestó.
— De acuerdo — dijo Ada, con los ojos brillantes de satisfacción.

CAPÍTULO IV

Sor Teresa de las Cinco Llagas, superiora del convento de María Santísima de los Dolores, miró con reluctancia al gallardo joven a quien acababa de recibir en su despacho hacía unos momentos y que le había formulado una petición no demasiado usual.
— No es que no haya precedentes de lo que me ha pedido, señor Fargo —dijo sor Teresa, después de unos segundos de reflexión —. Pero resulta que la joven por la que pregunta lleva apenas cuatro semanas en el convento y no me parece prudente ni discreto. Por otra parte, ella, al ingresar, fue muy sincera conmigo y me relató buena parte de su disipada vida... No se lo exigí; no nos interesaba el pasado, sino el futuro...
— Madre Teresa, yo he formado parte de esa disipada vida de sor Clara de la Consolación —dijo Fargo serenamente—. Pero comprendo y respeto sus sentimientos actuales, y jamás entró en mi ánimo venir a este convento para persuadirla de que vuelva al mundo.

— Entonces... — dijo sor Teresa, un tanto desconcertada.
— Si Su Reverencia me lo permite, le daré una explicación sucinta de lo que ocurre.
Sor Teresa hizo un ademán con la mano.
— Adelante — invitó.
Fargo habló durante algunos minutos. Al terminar, la superiora le miró desconcertada. .
— ¿Puede suceder una cosa semejante?
— Madre Teresa, recuerde la época en que vivimos.
Hoy las astronaves van y vienen a lugares remotísimos, de los que hace un siglo escaso no se tenía la menor idea. Las observaciones que hemos hecho la señorita Murchinson y yo no ofrecen la menor duda al respecto.
— Está bien —dijo la superiora—. Haré que llamen a la hermana Clara. — Sonrió—. Todavía no se le puede llamar sor, aún no ha profesado.
— Oh, le ruego me dispense...
Polly Carlson vino minutos más tarde, con las manos dentro de las mangas del hábito y los ojos bajos. A Fargo le pareció guapísima, más que nunca, con las tocas monjiles, que en marcaban su hermoso rostro... pero, pensó, ahora ella había elegido un Esposo que no la abandonaría jamás. Aunque se preguntó acongojado si aquella elección ¿había sido plenamente voluntaria?
— Hermana Clara —dijo la superiora—. El señor Fargo quiere hacerle unas preguntas. Le ruego conteste con la mayor sinceridad.
— Desde luego, madre Teresa. ¿Señor Fargo... ? El joven se aclaró la garganta.
— Polly... ejem, hermana Clara. ¿puede decirme si poco antes de tomar su decisión de venir a servir a Dios en este lugar, fue atacada por algún insecto? ¿Recibió una picadura en el cuello?
La hermana Clara frunció el ceño un instante.
— Sí —contestó—. Fue un día o dos antes de mi decisión... pero quiero que sepa que ya hacía tiempo que venía madurándola.
Fargo respingó. Nunca acabaría de conocer a las mujeres. Polly jamás le había hablado de sus proyectos de ingresar en un convento.
— He sido una pecadora... —añadió la novicia. Sor Teresa alzó una mano.
— Basta hermana —dijo—. Creo que el señor Fargo ha obtenido ya las respuestas que deseaba.
— Así es —confirmó el aludido. Tragó saliva y añadió —: Hermana Clara de la Consolación, acuérdese en sus oraciones de este pobre pecador.
— Rezaré para que Dios le conceda la felicidad que se merece — contestó Polly Carlson —. Si Su Reverencia me lo permite...

—Vaya, hija — accedió la superiora.
Fargo y sor Teresa quedaron a solas. El joven contuvo a duras penas los deseos que sentía de encender un cigarrillo.
— No sé cómo darle las gracias, madre —dijo—. Me siento verdaderamente emocionado...
— La hermana Clara ha encontrado su verdadero camino. Tal vez Dios, en su infinita sabiduría, permitió la infiltración de ese germen en su cerebro.
— Sí, pero aun a riesgo de parecer escéptico, ¿qué sucedería si Su Reverencia misma o una de las monjas de este convento fuesen atacadas por uno de esos gérmenes? Podría producirse la modificación de la mente... en sentido contrario. ¿No cree que sería conveniente protegerse el cuello, como lo he hecho yo mismo? El diablo madre, actúa de infinitas formas ...
Sor Teresa sonrió.
— Tenemos la protección divina y ello nos impide sentir temor — dijo.
— El señor no prohíbe que los seres humanos se protejan también por otros medios. — Fargo abrió]a cartera de mano que había llevado consigo y depositó una cajita de cartón sobre la mesa —. Madre, aquí traigo suficiente protección para todas ustedes. Los gérmenes están empezando a atacar como quien dice... y no sabe mas si en el futuro, pueden causar otros daños que la simple modificación de la voluntad.
Sor Teresa sonrió.
— Lo haremos así, señor Fargo —dijo—. Pero ¿hemos de llevarlo mucho tiempo?
Fargo hizo un gesto ambiguo.
— La tendré al corriente, es todo lo que puedo decir —repuso. Y se levantó —. Le pido lo mismo que a la hermana Clara: rece por mÍ... , y por nuestros esfuerzos.
— El Señor vaya con ustedes y les guíe por el camino mejor — contestó sor Teresa.
Al abandonar el despacho, Fargo respiró a pleno pulmón. Durante unos segundos contempló las encaladas paredes del convento, el jardín del claustro, estallante de flores, con algunas palmeras y cipreses... En aquella alucinante época de velocidad y progreso, en pleno siglo XXII, el convento de María de los Santísimos Dolores, era un oasis de paz y calma infinitas. Envidió a Polly. La rubia tonta había sabido elegir el camino, se dijo melancólicamente, mientras se encaminaba hacia la salida.
Cuando llegó a su casa, se acercó al videófono. Antes de que pudiera decir nada, Ada le dio una sensacional noticia:
— ¡Nick, he cazado uno de los gérmenes! ¿Puedes venir a casa?
— Ahora mismo — respingó Fargo sin vacilar.

* * *

El guardia de tráfico le hizo señales de que se detuviera. Fargo notó que había centenares de automóviles parados en la autopista.

— ¿Qué sucede, agente? — preguntó.

— Un francotirador, señor. Ha causado ya media docena de víctimas. Creo que pronto acabarán con él...

De súbito, se oyó el crepitar de varios rifles. Sonaron chillidos de espanto. En lo alto de un edificio situado a unos cien metros de la autopista se divisaron las nubecillas de polvo de los impactos. Bruscamente se oyó un gigantesco alarido, proferido por centenares de gargantas.

Fargo volvió la cabeza a un lado para no ver al hombre que saltaba al espacio desde sesenta metros de altura. El incidente había concluido, pero los curiosos corrían ahora, con morboso afán, hacia el lugar donde se había estrellado el desgraciado.

Sonaron sirenas de ambulancias. Dos sanitarios pasaron, sosteniendo a un hombre que sangraba del hombro izquierdo:

El herido se quejaba amargamente:

— Era mi mejor amigo... Un pacifista a ultranza; jamás había tenido un arma en la mano... No sé qué pudo haberle vuelto loco...

Fargo oyó aquellas palabras y frunció el ceño. De repente, movido por una invencible curiosidad, echó a correr hacia el lugar donde se hallaba el cadáver del francotirador.

Los policías se esforzaban en mantener apartada a la gente. Fargo, no obstante, era fuerte y pudo abrirse paso hasta las primeras filas. En aquel instante, los sanitarios colocaban el cuerpo ensangrentado sobre una camilla.

— Por favor, déjenme verle... — suplicó.

Consiguió dar unos pasos más y se situó junto a la camilla. Antes de que pudieran impedírselo, volvió en parte el cadáver. Sí, allí, en la nuca, parecía tener rastros de un diminuto pinchazo.

Un fornido sargento de policía le increpó con brusquedad:

— ¿Es usted médico? ¿Conocía al muerto? Fargo hizo un gesto negativo.

— No, aunque tal vez conozco las causas de la locura de ese infeliz — respondió —. De todos modos, haga que el doctor Penobscue examine el cadáver, y antes de que el policía pudiera seguir haciéndole preguntas inconvenientes, se escabulló entre la multitud y corrió de vuelta hacia su automóvil.

Ada le recibió impaciente, casi enfadada.

— Has tardado mucho — se quejó.

— Lo siento. Se produjo un atasco en la autopista, por culpa de un individuo que se volvió loco de repente y empezó a tiros con todo

bicho viviente. La policía tuvo que matarlo..., y yo pude ver su cuerpo. Estoy seguro de que ese desdichado tenía un intruso dentro.
Ella parpadeó.
— Es posible — dijo.
— Vi en la nuca un diminuto orificio, Ada. Pero eso ya no tiene remedio — manifestó él—. Vayamos a lo nuestro. ¿Dónde está el extraterrestre?
— Ven, Nick.
Ada le guió hasta una estancia, en la que había montado un rudimentario laboratorio, con un microscopio que enviaba sus imágenes a una pantalla de televisión. También había algunos instrumentos de medición y algunos otros aparatos.
— ¡Caramba, esto parece un laboratorio de verdad! — se asombró él.
— Empecé a montarlo hace algunos días. No olvides que tengo un título.
— Pero preferiste un alto cargo en la empresa de Horacio Tomás,
— No me habrían dado el empleo, sin el título. Así podía inspeccionar muchas cosas y discutir con ciertas personas, apoyada en bases sólidas.
— Está bien. Vamos a ver el germen.
Ada atenuó las luces de su estancia y encendió la pantalla. Cinco segundos más tarde, Fargo pudo divisar una figura singular, una especie de cohete de punta muy aguzada, con alas, de color rojizo oscuro.
— ¿Ese es el germen? — preguntó, escéptico.
— Apostaría a que sí — repuso Ada —. Verás, ocurrió ayer. Yo estaba tan tranquila en la sala, cuando, de repente creí sentir un golpe en la nuca, justo donde tengo la plancha de blindaje. Fue un golpe tan tenue que, en el primer momento, creí ser objeto de una ilusión. Pero luego pensé en un posible ataque por uno de esos seres que llamamos gérmenes, muv impropiamente, desde luego. De modo que busqué una lupa y me puse a gatas. Tardé cosa de un cuarto de hora, pero lo encontré. En su estado normal, mide menos de un milímetro y...
Súbitamente, Ada lanzó un chillido, a la vez que su mano señalaba hacia la pantalla:
— ¡Mira, Nick, se está moviendo!

CAPÍTULO V

Fargo volvió sus ojos instantáneamente. El ser extraterrestre se movía con gran lentitud, abriendo y cerrando sus alas diminutas, vagamente parecidas a las de una mosca común. Lo curioso era, se dijo el joven, que el ser no tenía patas ni la aguzada punta parecía la trompa

enrollable de un mosquito.
De pronto, se le ocurrió una idea:
— ¡Rápido, Ada, enciérralo o se escapará!
La muchacha corrió en busca de una copa de cristal.
Fue al microscopio, provista de unas pinzas y, con gran cuidado, cogió el ser, situándolo encima de una plancha de metal, sobre la que colocó la copa inmediatamente.
— y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó. Fargo entorno los ojos un instante.
— No hay duda — dijo — de que este bichito perdió el conocimiento al chocar contra algo inesperado. Yo diría que, en estos momentos, su estado es más bien de larva. Necesita hallarse dentro de un cuerpo vivo para alcanzar el estado adulto. Lo más probable es que permanezca así hasta su muerte por inanición...
— Algunas larvas pueden vivir meses enteros sin alimento — objetó ella.
— Bueno, mientras lo tengamos ahí, estamos seguros. De todas formas, me gustana saber una cosa.
— ¿Sí?
— ¿Qué le sucede a uno de estos gérmenes, cuando muere el cuerpo en que se encuentra? Si lo de «Tookie» hubiera sucedido ahora...
—A «Tookie» lo incineraron, como medida de precaución.
—Entonces, su huésped murió también. Por favor, ¿tienes una lupa a mano?
Ada le entregó el objeto solicitado. A través del cristal de la copa, Fargo pudo examinar a su sabor aquel extraño ser, aumentado media docena de veces. Era, literalmente, una cápsula con alas, con uno de sus extremos tremendamente aguzado.
— No pueden vivir fuera de un organismo animal, racional o irracional — dijo al cabo.
— Pero éste no ha «entrado» — alegó la muchacha intencionadamente.
Fargo se acarició el mentón. — Tal vez si...
— Si, ¿qué Nick?
— Si le consiguiésemos un anfitrión. Luego podríamos matarlo y esperar a ver qué sucede.
Ada se horrorizó ante aquella proposición.
— Traer un animal vivo, para matarlo a los pocos días... ¡Sería inhumano, Nick! — protestó.
— Sería, acaso, la forma de conocer cómo debemos combatir a estos malditos gérmenes — respondió él.
Volvió a mirar a la copa. Ahora, el ser se movía con más rapidez, aunque todavía estaba en el suelo de metal, prisionero de su transparente cárcel.

— Bueno —dijo Fargo al cabo de unos instantes—. Creo que ya tengo la solución. — ¿Cuál es?
Fargo sonrió maliciosamente.
— Tú ocúpate de mantener encerrado a nuestro extraterrestre. Luego, yo haré el resto. ¿Eh?
Ada remoloneó un poco, pero acabó por ceder finalmente.
— Aceptada con una condición — dijo.
— Aceptada —contestó Fargo en el acto.
— No harás sufrir al animal. Ah, tampoco quiero que sea un perro.
— Trato hecho.
Fargo volvió a mirar al ser que estaba en la copa y lanzó una alegre carcajada:
— ¡Menuda sorpresa debió de llevarse al ver que no podía entrar en tu linda cabecita! Si piensa como nosotros, debió de echarte mil maldiciones.
Ada sonrió también, pero de mala gana. Realmente, la situación no estaba para muchas bromas.

* * *

Fargo regresó veinticuatro horas con un cordero de buen tamaño. Ada se estremeció al pensar en lo que iba a padecer el animal y así se lo expresó al joven.
— ¿Padecer? ¿Has visto que sufriese tu jefe? —protestó Fargo —. Sólo se siente un pinchazo, como el picotazo de un mosquito, simplemente. Por cierto, ¿cómo sigue Charlie?
— ¿Charlie? ¿Quién es ése? — se extrañó Ada.
— Mujer, nuestro prisionero... Le he dado ese nombre; como no sabemos cuál es el suyo...
Ella hizo un gesto con la cabeza.
— Eres incorregible —dijo—. Míralo, ahí lo tienes, vivito y coleando.
— Dirás revoloteando — rectificó él, después de apreciar los incesantes vuelos del ser en el interior de la cúpula transparente que le impedía escaparse. Pero sus vuelos no eran alocados ni en ningún momento chocaba contra las paredes de vidrio. Volaba hasta situarse a un milímetro del cristal y entonces volteaba como si hiciese ejercicios gimnásticos.
— No quiere romperse su miembro más preciado: la punta perforadora —dijo Fargo—. Bien, vamos a dar comienzo al experimento. ¿Has hecho estancos todos los huecos, puertas, ventanas y demás?
— Sí, desde luego. Incluso he tapado, la cerradura.
Usaremos el picaporte, simplemente. Aunque, de todos modos, no comprendo cómo vas a liberar a Charlie.
— Ya lo verás — contestó Fargo evasivamente.

El cordero quedó atado a la pata de una mesa. Luego.
Fargo empujó a la muchacha hacia la salida. Ada observó junto a la puerta, por la parte exterior, una larga varilla de metal, que Fargo empuñó de inmediato
— Prepárate — dijo.
Fargo quedó en el umbral, con la varilla en la mano derecha. La izquierda quedaba en el picaporte. De pronto, alargó la varilla y derribó la copa, que cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.
Inmediatamente, cerró la puerta.
— Ya está — anunció, satisfecho —. Ahora sólo falta esperar... con una copa, si tienes algo líquido que no sea agua.
— Tengo un buen brandy — respondió Ada.
— Bien, que sea brandy.
Transcurrió un cuarto de hora. Súbitamente, se oyó un tremendo estepito en el laboratorio.
Ada se aterró.
— Nick, ¿qué sucede?
La puerta tembló, cuando algo la golpeó con tremenda fuerza. Pero la madera era sólida y resistió.
— No sucede nada, querida —contestó Fargo, muy satisfecho—. Simplemente, el cordero se ha transformado en... león o en tigre... — Al oír otro tremendo golpe, añadió, irónico —: Más bien se ha convertido en toro.
— Ahora no podremos reducirlo, a menos que empieces a tiros con él — dijo Ada, muy aprensiva.
— Calma, muchacha; confía en mí.
Fargo abrió la bolsa de mano en la que había traído algunos objetos y, con una barrena, perforó la madera de la puerta. A continuación, aplicó al agujero la válvula de un spray, que apretó hasta que el recipiente quedó completamente vacío.
— Narcótico —dijo lacónicamente.
Acto seguido, abrió la puerta y, conteniendo la respiración, cruzó la estancia para abrir las dos ventanas y eliminar así los restos del gas.
El cordero yacía exánime, en medio de los restos de aparatos y un par de sillas destrozadas por su ímpetu.
— ¿Y ahora? — preguntó Ada.
— Lo que sigue ahora corre de mi cuenta — dijo Fargo, a la vez que se inclinaba para levantar en brazos el inanimado cuerpo del cordero —. Por favor, no te asomes a la cocina, hasta que te llame. Si tienes algo que sacar de allí, hazlo antes de que empiece.
— No, gracias; esperaré.

* * *

Ada consumió cuatro cigarrillos y algunos milímetros de sus uñas,

antes de que oyera la voz del joven:
— ¡Ven!
Ella corrió de inmediato a la cocina en la que, apreció, no quedaban rastros del cordero. Fargo señaló satisfecho un plato de porcelana, en el que yacía una cosa, de forma vagamente humana, absolutamente inmóvil en aquellos instantes.
— Ahí lo tienes — dijo Fargo, satisfecho.
Ada había traído una lupa consigo y la utilizó para examinar al ser inmóvil. Medía unos tres centímetros y tenía brazos y piernas, con unos dedos minúsculos. En la cabeza se apreciaban unos rasgos parecidos a los humanos, aunque no tan acentuados en lo referente a la nariz y la boca. El ser aparecía completamente desprovisto de vello.
— Está muerto — dijo la joven.
— Creo que no. Simplemente, está afectado todavía por el narcótico. Pero despertará.
— ¿Y entonces?
— Entonces, hablaremos con él.
— ¿Cómo? No conocemos su idioma... Además, ni siquiera sabemos si es capaz de emitir sonidos no ya inteligibles, sino siquiera audibles...
— Haremos las pruebas que sean necesarias, hasta llegar a una conclusión satisfactoria — respondió Fargo con firme acento.
— Nick, estos seres son parásitos, que necesitan de un anfitrión para su desarrollo. No podrá vivir... al aire libre...
— De momento, está vivo. Si muere, peor para él, aunque, por supuesto, lo sentiría muchísimo.
— ¿Cómo puedes saber que vive?
— A veces, se mueve, lo mismo que tú y yo cuando estamos dormidos, a pesar de que no nos demos cuenta de ello. Hay algo, sin embargo, que me sorprende muchísimo: la increíble rapidez de su desarrollo. Entró en el cordero después de un cuarto de hora y cuando saqué el cerebro, ya había adquirido su tamaño normal, exactamente igual a los ejemplares que hemos visto en las radiografías. Debe de ser una propiedad de su raza — añadió Fargo pensativamente.
Transcurrieron algunos minutos. Charlie continuaba inmóvil, aunque, en ocasiones, se apreciaban ligerísimas sacudidas en su diminuto cuerpecillo. Estaba encogido sobre sí mismo, pero, de súbito, estiró las piernas.
— ¡Va a despertar, Nick! — exclamó la muchacha.
— Estoy preparado — contestó Fargo tranquilamente.
Y cubrió el plato con un frasco de vidrio, vacío, que había contenido fruta en conserva.
A los pocos minutos, Charlie se sentó en el «suelo» y paseó la vista a su alrededor. Unos segundos más tarde, se puso en pie y empezó a

caminar por el interior de su cárcel de cristal. Ada y Fargo estaban fascinados por los movimientos del homúnculo, tan parecidos a los de un ser humano normal.
De cuando en cuando, Charlie se acercaba al cristal y extendía las manos para tocarlo, como si quisiera convencerse de que no podía escapar. De repente, pareció reparar en los dos pares de ojos que le contemplaban con extática curiosidad.
— ¿Qué hacéis ahí parados?—exclamó con inconfundible acento de mal humor —. No os quedéis quietos; estoy hambriento y tengo mucho frío.

* * *

Ada y Fargo se irguieron, mirándose recíprocamente, con el estupor reflejado en sus rostros. —Ha... bla... —dijo él.
— Y le entendemos... — añadió la muchacha.
— Pues claro que tenéis que entenderme —dijo el homúnculo, sin abandonar su tono irritado —. No hablo en chino, me parece.
Fargo se pasó una mano por la cara.
—Ada, ¿dónde está el brandy? No, deja, no te molestes; ya lo buscaré yo mismo...
La joven reaccionó rápidamente.
— Charlie, vamos a darte comida, bajo una condición —dijo.
— Sí, pero no grites tanto. Me aturdes con tu vozarrón...
Fargo tenía ya la botella en la mano y lanzó una sarcástica carcajada.
— ¡Vozarrón! —exclamó—. Si lo oyera el que dijo en la Universidad que tenías la voz de campanitas de plata...
— Nick, éstos no son momentos de bromear —dijo Ada, muy seria—. Quiero hablar con Charlie y lo mejor que puedes hacer es no interrumpirme.
— Un momento — terció el homúnculo —. Ese Charlie, ¿soy yo?
— Te hemos dado ese nombre, porque ignorábamos el tuyo — explicó Ada.
El ser diminuto pareció vacilar un poco. Luego movió una mano.
— Está bien, Charlie vale como otro cualquiera y no me disgusta — manifestó—. ¿Qué hay de la comida? — añadió, impaciente.
— Antes quiero poner te una condición — insistió ella.
— ¿De qué se trata? No me comprometo a nada...
— Tienes que comprometerte a no escapar, ni atacarnos. De lo contrario...
— Mételo en la nevera. Tendrá comida, pero se morirá de frío — aconsejó Fargo.
— Cállate, Nick — dijo ella —. ¿Qué contestas, Charlie?
— Tal como soy, ahora, no podría escaparme. No iría demasiado lejos — respondió el homúnculo.

— ¿Y qué le vas a dar de comer? — exclamó Fargo—. ¿Sangre de cordero? ¿Sesos fritos?
— Un poco de leche bastará — dijo Charlie.
— Ve al laboratorio, Nick — indicó la muchacha—.
En la alacena del fondo encontrarás cuentagotas. Charlie, ahora te haré... un vestido.
No resultaría fácil, pensó. Coser un traje para un ser que no medía más de tres centímetros...
— Espera un poco — dijo Charlie de pronto —. Parece que voy habituándome a esta temperatura.
Fargo regresó con el cuentagotas, que sirvió para poner una minúscula cantidad de leche tibia en una cucharilla. Charlie se inclinó y bebió como lo haría un humano en un arroyo, directamente con la boca, sin utilizar las manos en forma de cuenco. Al terminar, se irguió, satisfecho.
— Estaba buena — dijo —. Sois un par de chicos listos; habéis encontrado el medio de expulsarme de mí anfitrión. Por cierto, se agitaba mucho; estaba verdaderamente enfadado... ¿Qué clase de fiera era?
— Charlie ese animal era todo lo contrario de una fiera. Has sido tú, al infiltrarte en el interior de su organismo el que has alterado su comportamiento de forma absolutamente radical — contestó Ada con grave acento.
— Un momento —terció Fargo—. Antes de proseguir adelante, es preciso que Charlie nos explique cómo conoce nuestro idioma.
— Eres tonto —dijo el homúnculo despectivamente—. Yo no conozco vuestro idioma. Simplemente, me comunico con vosotros por medio de telepatía. Lo que expreso en ideas muy concretas, vosotros lo traducís a voces que resuenan, aparentemente, en los tímpanos, pero, en realidad, son sensaciones percibidas por vuestro cerebro. Y, como al hablar, pensáis en lo que estáis diciendo, yo capto vuestras ideas, como si os comunicaseis también telepáticamente conmigo.
— ¡Maravilloso! —exclamó Fargo—. Y ahora, dinos, Charlie. ¿Puedes vivir fuera de un organismo vivo, animal, por supuesto?
— ¿Dónde estoy ahora? Me parece que has hecho una pregunta tonta..., tú, quienquiera que seas y como te llames...
— Yo, Nick; ella, Jane...
— Eh, que no estamos en la selva ni tú eres Tarzán — protestó la joven —. Charlie, mi nombre es Ada — puntualizó.
— Nick, Ada — repitió el homúnculo —. Está bien, los retendré en mi memoria. Y ahora, ¿qué pensáis hacer conmigo?
— Mejor me gustaría saber qué es lo que vosotros pensáis hacer con los habitantes de este planeta —manifestó Fargo—. Desde vuestra llegada a la Tierra, cualquiera que sea vuestra procedencia, han

sucedido muchas cosas raras y, realmente, desagradables en bastantes casos.
— Bueno, la verdad es que nos hemos visto obligados a hacer todo esto, en interés de nuestra propia supervivencia como raza — dijo Charlie.
— ¿Cómo? — exclamó Ada, muy intrigada.
— Ya lo has oído. Vosotros, los habitantes de la Tierra, sois nuestro último recurso. Si nos falláis, los «grykhs» seremos exterminados.

CAPÍTULO VI

Durante algunos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. Luego, Fargo, reaccionando, dijo:
— A ver, Charlie, explícate, ¿quieres? He podido deducir que tú perteneces a la raza de los «grykhs», pero ¿quiénes son los que quieren exterminaros.
— En Zhdor, que es el planeta de donde procedemos, los «hurykhs» decidieron de pronto que no había sitio para nosotros y empezaron a combatirnos con todos los medios a su alcance. A través de años enteros han estado combatiéndonos salvajemente, sin compasión, y nosotros procurábamos defendemos por todos los procedimientos que conocíamos. Pero, finalmente, llegó el momento crítico en que se planteó la inminencia de nuestra derrota y decidimos emigrar. No obstante, los «hurykhs» habían acordado que la guerra no acabaría mientras uno de nosotros estuviese con vida y nos han perseguido hasta aquí —dijo el homúnculo—. Naturalmente, nos hemos visto obligados a utilizar el último de nuestros medios defensivos.
— El parasitismo — exclamó Ada.
— Bueno, llámalo como gustes, pero, en esta situación, los «hurykhs» no se atreven a atacarnos.
— En ese dato hay algunos puntos no aclarados —objetó Fargo—. Por ejemplo, ¿cuál es el número total de los emigrados?
— Unos diez millones.
— No habréis viajado a través del espacio como polizontes, supongo.
— Oh, claro que no; tenemos nuestra propia nave.
— ¿Dónde está?
— Perdona, pero eso es secreto de Estado. No puedo revelarte el escondite de nuestra nave — contestó Charlie.
—Al menos — dijo Fargo —, podrás indicamos dónde está Zhdor.
— Sí, en Sirio, a nueve años luz.
— Los «hurykhs», ¿tienen vuestra figura?
— Oh, no, son como vosotros. Enteramente humanos —afirmó el homúnculo con rotundo acento.
Fargo se volvió hacia la joven.

— Tendremos que averiguar si en alguna de las últimas naves llegadas a la Tierra hay alguna procedente de Zhdor — dijo.
— Sí, será conveniente — aprobó la muchacha quien, acto seguido, se encaró con el «grykh» —: Charlie, dime, cuando me atacaste y perdiste el conocimiento al chocar contra la protección de mi nuca, tenías una forma determinada..., una especie de cohetito con alas. Esa forma, ¿es la vuestra antes de alcanzar tu estado actual?
— No —respondió Charlie—. Nuestra constitución física nos permite esa transformación morfológica para huir de un grave peligro. Pero no podemos repetirlo con demasiada frecuencia; la tensión que se origina en nuestro organismo para adoptar esa forma es muy grande y debemos dejar pasar un cierto espacio de tiempo para recuperamos. Si lo intentase ahora, fracasaría, y en el supuesto de que lo consiguiese, podría morir a los pocos segundos.
— Eso está muy bien, pero ¿es el cerebro de una persona el lugar más seguro para los «grykhs»? — quiso saber Ada.
— ¡Por supuesto! — respondió Charlie —. Ahí, los «hurykhs» no pueden hacernos el menor daño.
— Última pregunta por ahora — dijo Fargo —. ¿Hay «hurykhs» en la Tierra?
— Si no los hay, pronto los habrá — fue la respuesta del homúnculo.
— Está bien, voy a prepararte el alojamiento — dijo Ada.
La joven puso encima del plato una servilleta doblada en varios pliegues, sobre la que se acomodó Charlie con evidente satisfacción. El diminuto ser se tendió cuan largo era. A los pocos segundos, dormía profundamente.
Fargo puso encima el bocal de vidrio. Ada alegó que Charlie podría morir por falta de oxígeno.
— No —contradijo Fargo—. La servilleta es lo suficientemente porosa para un ser de su tamaño. Pero no me fío de él en absoluto.
— ¿Cómo?
Fargo agitó una mano.
— Ven, vamos a la cocina — propuso.
Al llegar al lugar indicado, Ada se sorprendió enormemente al ver a un desconocido, ocupado en una singular tarea.
— Eh, ¿qué hace usted en mi casa? —exclamó.
— No temas — sonrió Fargo —. Acta, te presento a Ray Phelps, alias El Zancudo, ex matarife de profesión y compañero mío de algunas partidas de juego. Ray, ella es Ada Murchinson. .
— ¿Cómo está, señorita?—saludó Phelps—. Si tienen la bondad de aguardar unos minutos, comerán las mejores chuletas de cordero que les han sido dadas a probar en los días de su vida.
Ada se volvió hacia el joven. — ¿Lo llamaste tú?
— Claro, yo no sé —descuartizar un cordero —contestó Fargo

alegremente—. Además, necesito a Ray para otras cosas.
— Te aseguro que no entiendo nada en absoluto —dijo Ada, muy desconcertada.
— Lo sabrás todo después de comer esas chuletas que Ray nos ha prometido.
Ada contempló unos segundos al individuo que manejaba el cuchillo con tanta destreza. Phelps era altísimo, muy delgado, de cuello largo y nariz picuda y recta, lo que le daba un vago aspecto de cigüeña con ropas humanas. Tal vez por eso le habían dado el apodo de Zancudo, pensó.
Las chuletas estaban exquisitas. Phelps dijo que prepararía las piernas al horno en otro momento. Luego se marchó.
— Te llamaré en cuanto sepa algo, Nick — se despidió.
— Bueno, pero ¿qué es lo que va a hacer ahora ese hombre?
— Sencillamente, averiguar en el astropuerto qué nave fue registrada por los radares y no aterrizó en lugar visible — dijo Fargo.
—Oh... Creo que comprendo.
— Si eso que he dicho resulta ser cierto, Charlie habrá dicho la verdad.
— ¿Y si no es así?
— Resultará que Charlie es un mentiroso, cosa que sigo pensando de él, a pesar de todos los pesares — contestó Fargo.

* * *

Phelps llamó una hora más tarde.
— No hay ninguna nave detectada por el radar que no haya tomado tierra en el astropuerto y sus tripulantes identificados en debida forma — declaró a través del videófono —. Pero, por si te sirve de algo, debes saber que hace algunos días, llegó la astronave *Hyllia*, procedente de Sirio, con doscientos pasajeros y tripulantes. Parte de los pasajeros son los componentes de una comisión que va a discutir con nuestro Gobierno un tratado comercial. El nombre del planeta de que proceden es Sphordys. Ah, la comisión está presidida por Alvyra de Hubrikh. ¿Algo más?
Fargo meditó unos segundos.
— Por ahora, no, Ray —dijo al cabo—. Pero puedo necesitarte en casa de la señorita Murchinson.
— Está bien, iré en cuanto pueda, Nick — contestó El Zancudo.
Fargo apagó el videófono y se volvió hacia la joven. — Vigila bien a Charlie. Sigo sin fiarme de él — dijo.
— ¿Qué es lo que sospechas? — preguntó Ada.
— Hace un par de días, escuché casualmente una noticia relacionada con los comisionados de Sphordys. Quiero comprobarlo, eso es todo.
— Pero ¿qué tiene que ver Sphordys con los parásitos?

— Ada, apostaría diez a uno a que Sphordys de Sirio es el mismo planeta al que nuestro amigo Charlie da el nombre de Zhdor, y si eso es cierto...
— Los sphordysianos son los enemigos mortales de Charlie y su raza.
— Exactamente. Vigílalo bien —insistió el joven—; aunque, en muchas cosas, Charlie tiene la razón de su parte, hay algo en él que me hace desconfiar. Llámalo instinto, presentimiento, lo que quieras… pero sospecho que tiene mucho de embustero.
— ¿Tardarás mucho en volver? — preguntó Ada.
— No lo sé — respondió Fargo, en el momento de cruzar el umbral de la puerta.

* * *

«La ilustre comisionada, Alvyra de Hubrikh, ha declarado que las condiciones que pone el Gobierno de la Tierra para el intercambio comercial son inaceptables. La señora de Hubrikh ha añadido que no puede aventurarse a tomar una decisión en ningún sentido, sin antes comunicarse con su Gobierno, del que solicitará las oportunas instrucciones... Por su parte, el consejero para Asuntos Espaciales, Herman Tilden, a quien el presidente nombró plenipotenciario, ha declarado que, expresándolo en cuatro palabras, Sphordys pide mucho a cambio de nada. "Si insisten en su actitud esos pájaros de cuenta —fueron sus palabras textuales—. habrá que darles una buena lección, para que aprendan a tratar con otros gobiernos y, muy especialmente, con el de nuestro planeta". Al conocer estas declaraciones, la comisionada dijo que esas frases encerraban un implícito conflicto, que su Gobierno es el primero en desear no se produzca, pero que, no obstante, sigue con la política de mano tendida amistosamente...»

Fargo cerró la televisión, en donde había escuchado las noticias mundiales. Las palabras de Tilden eran muy fuertes, se dijo. Ninguna persona sensata las aprobaría, pero ¿podía considerarse a Tilden una persona en estado de plena normalidad mental?
Una hora más tarde, estaba en el hall del hotel Séptimo Universo, en el que sabía se alojaban los enviados de Sphordys. Permaneció allí un buen rato, hasta que vio descender de los pisos superiores a una hermosa mujer.
Alvyra de Hubrikh era toda una belleza, de frondosos cabellos negros, alta, de formas rotundas, infinitamente atractiva a sus treinta y cinco años. Vestía con sencilla elegancia y sus ademanes eran corteses y reposados al acercarse a recepción para dejar un mensaje. Cuando se separaba del mostrador, tropezó con un hombre.
— Oh, dispénseme, señora —se disculpó Fargo—. No la había visto, lo cual resulta imperdonable —añadió, con la más atractiva de sus

sonrisas—. Le ruego mil perdones...
Alvyra sonrió también.
— No tiene la menor importancia. — Hizo una inclinación de cabeza y continúo su camino.
Fargo se puso un cigarrillo en la boca. Desde la puerta acristalada del hotel, vio a la mujer tomar un taxi. Iría de compras, supuso.
Alvyra regresó al atardecer. Un botones se hizo cargo de los innumerables paquetes que había traído consigo. Cuando llegaban ante la puerta de la suite en que se alojaba, un hombre que circulaba por el pasillo, tropezó con el botones e hizo caer alguno de sus paquetes.
— Soy un tipo inveteradamente torpe —se apostrofó Fargo a sí mismo —. Señora, no sé cómo disculparme de nuevo...
Ayudó al balones a recoger los paquetes v le entregó una moneda como gratificación. Hizo una cortés inclinación de cabeza dirigida a la hermosa comisionada y continuó su camino, hasta la puerta de la habitación inmediata. Antes de entrar, se volvió y miró largamente a Alvyra. Ella le miró también y se sonrojó al verse sorprendida.
Dos horas más tarde, Alvyra, ya en su cama, oyó ruido en la sala de la suite. Alarmada, se puso una bata v salió del dormitorio. Encendió la luz y divisó a un hombre registrando los cajones de una consola. Justamente en el mismo momento, entraba otro hombre por la cristalera que daba a la terraza, empuñando una pistola.
— ¡Alto! —ordenó Fargo—. Levanta las manos, si no quieres que te fría a balazos.
El ladrón obedeció en el acto. Sin perderle de vista, Fargo añadió:
— Le ruego me dispense, señora de Hubrikh, pero vi pasar una sombra sospechosa por delante de la ventana de mi cuarto y pensé que podría tratarse de un amigo de lo ajeno ¿Quiere llamar a la policía por favor'
— ¡Esperen un momento! — pidió el ladrón, muy apurado —. Todavía no he tenido tiempo de llevarme nada...
Fargo se acercó a la dama y le entregó su pistola. —Vigile mientras compruebo si lo que dice ese sujeto es cierto — solicitó.
Alvyra hizo un gesto de aprobación. Un minuto más tarde. Fargo se separaba del ladrón.
— Es verdad, no ha tenido tiempo de coger nada —dijo—. Señora, si me lo permite, lo mejor, para evitar compromisos es dejar que se marche.
— Está bien —aceptó ella—. Sí, que se vaya, es lo mejor.
El ladrón no se hizo de rogar dos veces. Fargo y Alvyra quedaron solos, frente a frente.
— Esta vez —dijo él, sonriendo— creo que no me he portado tan torpemente.

Alvyra sonrió.
— Todo lo contrario; su llegada ha resultado muy oportuna, señor...
— Fargo. Nick Fargo, comerciante. Alvyra entornó los ojos.
— Comerciante, ¿en qué, por favor?
— En todo. A decir verdad, tengo una oficina de importación y exportación... Si quiere que le sea sincero, me interesaría mucho la firma del tratado entre la Tierra y su planeta, señora de Hubrikh.
— Usted me conoce...
— Su rostro ha sido divulgado ampliamente por la televisión, señora. Y, aunque su belleza me ha impresionado muchísimo, si he de serle sincero, diré que me interesa mucho más el tratado.
Alvyra suspiró.
— Dudo mucho de que se firme — dijo.
— Sí, eso he oído. Pero tal vez yo pudiera conseguir la firma del tratado.
Ella se puso rígida de inmediato.
— No mencione la palabra soborno — dijo.
— No se me ocurriría jamás relizar una acción indigna, señora — protestó Fargo—. Pero creo que éste no es el momento más adecuado para tratar de asuntos económicos. Nos veremos en otra ocasión, si no tiene inconveniente.
Alvyra le tendió una mano.
— Cuando guste, señor Fargo — respondió.

CAPÍTULO VII

— ¿Cómo está Charlie?
— Echando pestes de todo y contra todos — respondió Ada—. ¿Quieres verlo?
— No, no hace falta. Sigue vigilándolo... después de que yo me haya marchado.
— ¿Adónde vas, si puede saberse?
— Tengo que hablar con cierta persona...
El zumbador del videófono sonó de pronto. Fargo se acercó al aparato y dio el contacto. Un segundo más tarde, apareció en la pantalla el rostro del «ladrón».
— ¿Qué hay, Bill? —preguntó Fargo.
— Asistirá esta noche a una recepción que da el embajador de Marlux 4 —dijo Bill Peabody, amigo de Fargo y antiguo compinche de sus partidas de naipes.
— Está bien, Bill, gracias.
— Por cierto, ¿has oído su último discurso? Casi es una declaración de guerra...
— No, pero me lo imagino fácilmente. En los últimos días, Tilden se ha

mostrado extrañamente belicoso. — Está bien, eso es todo por mi parte — se despidió Peabody.
Fargo apagó el videófono y se volvió hacia la joven.
— Ya has oído — dijo.
— Nick, hace casi una semana que iniciaste tu campaña y todavía no sé nada —manifestó ella, visiblemente desconcertada—. ¿Qué es lo que te propones?
— Ya lo sabrás — contestó él, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.
Cuando llegó al hotel, encontró un mensaje en recepción.
— La señora de Hubrikh desea verle cuanto antes, señor —dijo el empleado.
— Muchas gracias. Haga el favor de avisarla, mientras subo en el ascensor.
— Bien, señor Fargo.
Alvyra le recibió con gran amabilidad.
— Hice algunos días que no tengo noticias suyas, señor Fargo — se quejó.
— Y, posiblemente habrán de transcurrir más días, señora — contestó él.
— No entiendo...
— Por favor, señora, confíe en mí. A propósito, ¿piensa acudir esta noche a la recepción que ofrece el embajador de Marlux 4?
— Pues sí, me han invitado y creo correcto asistir, a pesar de la presencia de ese sujeto tan belicoso que se llama Herman Tilden.
— No vaya. Discúlpese como mejor prefiera, pero quédese en el hotel.
— ¿Por qué? — se extrañó Alvyra.
— Es posible que ocurran cosas poco agradables. Si usted no está presente, no podrán relacionarla con esos incidentes.
— Pero ¿es que no puede decirme qué piensa hacer? Fargo miró largamente a la hermosa mujer.
— ¿Es usted casada? — preguntó de sopetón.
Alvyra se sofocó.
— Señor Fargo...
— Llámeme Nick, por favor.
— Bien, Nick, sí, estoy casada..., pero separada.
— No congenian. ¿eh?
— Estoy deseando acabar con la misión que me encomendaron, para solicitar el divorcio. Ahora no resultaría políticamente prudente.
— Sí, las costumbres persisten, a través de los años — convino Fargo —. Pero se considera moralmente libre.
— Bueno, hay algo de eso —sonrió ella—. Dígame, ¿adónde quiere ir a parar, Nick?
Súbitamente, Fargo rodeó la cintura de la mujer con sus brazos.

Alvyra echó el torso espléndido hacia atrás.
— Ya veo adónde quiere ir a parar — murmuró.
— ¿Tú, no? — dijo él ardientemente.
Hubo un instante de silencio. Luego, los brazos de Alvyra se elevaron hasta rodear el cuello del hombre. :— Vamos juntos — suspiró con cálido acento.

* * *

Aunque era relativamente temprano, Alvyra se había quedado profundamente dormida. Su cuerpo, de enorme atractivo yacía desmadejado sobre las sábanas. La cabellera, suelta, parecía un abanico negro, extendido a ambos lados de la cabeza.
Silenciosamente, Fargo se vistió y abandonó el dormitorio. Una hora más tarde, entregaba un tarjetón a un suspicaz guardián.
— Soy el representante personal de la comisionada Alvyra de Hubrikh —se anunció pomposamente—. La ilustre dama no ha podido asistir, debido a una repentina indisposición...
Junto al guardián había otro hombre, que supervisaba las invitaciones. Después de escuchar las palabras del joven, se presentó como Lorr Kitr, segundo secretario de Embajada y acompañó a Fargo hasta el salón principal.
Había ya una gran cantidad de invitados. Uno de ellos destacaba muy especialmente y no sólo por su formidable apariencia física, sino por su lengua desatada y su agresiva verborrea. Las mejillas purpúreas y el cuello de toro eran los rasgos fisonómicos que hacían inconfundible a un hombre como Hermam Tilden.
En aquellos momentos, Tilden lanzaba una violenta diatriba contra los nativos de Sphordys, a quienes calificaba de crueles, rapaces, mentirosos impenitentes y avarientos, amén de otras lindezas intrascribibles. Con una copa en la mano, Fargo, prudentemente cerca, sin hacer ostentación de su presencia, escuchó las palabras del virulento consejero de Asuntos Espaciales. Tilden concluyó su peroración con una estremecedora amenaza:
— Si Sphordys se niega a aceptar nuestras condiciones, será preciso hacer una demostración de fuerza de nuestras astronaves de combate. Y, si aun así se negasen, un desembarco de nuestras tropas especiales; pondría fin a esta situación que ningún terrestre digno puede tolerar por un minuto más.
Escudado en su copa, Fargo se separó un poco del grupo, aunque sin perder de vista al colérico consejero. Una hora más tarde, Tilden se encaminó a los lavabos.
Fargo le siguió de cerca. Entraron casi juntos. Tilden puso las manos bajo el grifo. En aquel instante, un chorro de gas llegó a su nariz.

* * *

Ada se asustó muchísimo cuando vio entrar en su casa a tres hombres, que transportaban en brazos el cuerpo inerte de Tilden.
— Esto puede costarnos una condena de muchos años —dijo.
— Si las cosas salen tal como esperamos, puede que Tilden acabe dándonos las gracias por el favor que le vamos a hacer —contestó el joven—. Ray, Bill, vosotros vigilaréis al consejero mientras yo hago una prueba.
— Está bien —dijo El Zancudo.
Tilden, todavía bajo los efectos del gas anestésico, quedó tendido en un diván. Fargo se dispuso a entrar en el laboratorio, pero entonces, sintió en su brazo la mano de la joven.
— Nick, no pretenderás hacer con Tilden lo mismo que con el cordero...
— Ni se me ocurriría siquiera — repuso —. Simplemente, quiero hacer una prueba con Charlie.
— Sigue en su sitio, aunque muy irritado...
— Sí, ya he podido darme cuenta de su mal humor congénito.
Fargo entró en el laboratorio. Charlie se agitó debajo del bocal de vidrio.
— ¿Hasta cuándo me vas a tener encerrado? — preguntó, furioso.
— Todavía no nos has dado tu palabra de no intentar escapar si te dejamos libre — contestó el joven fríamente —. Por cierto, ¿tienes hambre?
— Un poco...
— Te daré leche.
Momentos después, Fargo hacía pasar por debajo del borde del bocal una cucharilla con algunas gotas de leche. Charlie se abalanzó ávidamente sobre el alimento líquido. Un par de minutos más tarde, lanzó un terrible grito:
— ¿Qué clase de veneno me has dado? ¡Quieres matarme, Nick, maldita sea!
Fargo estaba sentado frente a la mesa y sonrió plácidamente.
— ¿Qué es lo que sientes, Charlie?
El homúnculo se sentó.
— Me mareo... Todo me da vueltas... Esto no me ha pasado nunca... — gimió lastimeramente.
De pronto, cayó de espaldas. Ada entró en el laboratorio.
— Nick, parece que Tilden va a despertar —avisó.
— Dile a Ray que lo amenace con la pistola, que no le permita moverse en absoluto. Ahora no puedo ir yo.
— Está bien.
Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, Fargo vio que Charlie

empezaba a mudar de aspecto. Unos minutos más tarde, el homúnculo se había transformado en un diminuto cohete con alas.
Charlie perforó el paño que le servía de lecho, pero volvió a emerger a los pocos momentos, y revoloteó furiosamente, buscando en vano una salida. Al cabo de un rato, cesó en sus esfuerzos y recobró su forma homínida.
— Es inútil —dijo, resignado.
—No puedes escapar, ¿eh? Ya lo has oído...
— Sí, lo he visto muy bien. Nick, ¿qué me diste con la leche?
— Algo así como un par de miligramos de alcohol.
Adiós, te veré más tarde.
— ¡Espera! —chilló furiosamente el homúnculo—. ¿Qué es lo que te propones hacer conmigo?
— ¿Contigo? Ya lo he hecho todo — rió Fargo, a la vez que cerraba la puerta del laboratorio.
Tilden estaba en la sala, sentado en un diván. El Zancudo se hallaba frente a él, apuntándole con una pistola.
— ¡Esto es un secuestro! —vociferó el consejero de Asuntos Espaciales—. Cuando me rescaten, los enviaré a la cárcel para el resto de sus días, ¿me han oído?
— Le hemos oído perfectamente, señor — contestó Fargo sin inmutarse —. Ahora, por favor, beba.
Tilden contempló estupefacto la botella de whisky que le tendía el joven.
— No tengo ganas — contestó agriamente.
— Bill, si este tipo gordo no empieza a beber antes de cinco segundos pégale un tiro — ordenó Fargo.
— De acuerdo, jefe.
Tilden miró alternativamente a los tres hombres y a la mujer que formaban un amplio semicírculo frente a él y vio que no podía esperar compasión.
— Adivino lo que pretenden de mí — dijo —. Quieren que me emborrache, a fin de destruir mi carrera política... Es verdad que me he embriagado muchas veces, pero siempre recuerdo lo que hice, al menos, antes de quedar inconsciente...
— ¡Beba! — dijo Fargo.
Tilden le arrebató la botella de un manotazo. — ¿Cuánto quiere que beba? — preguntó.
— Vacíe la botella.

CAPÍTULO VIII

Herman Tilden roncaba estrepitosamente. De cuando en cuando, eructaba con gran estrépito.

Ada se sentía asqueada. El olor a whisky mal digerido era repugnante. Fargo consultó su reloj.
— Vamos, muchachos — dijo.
Entre los tres hombres, colocaron a Tilden sobre una mesa larga, encima de la cual había una manta. Fargo estudió la nuca del sujeto con una lupa de gran potencia.
— Es preciso aguardar — murmuró.
Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Fargo vio que en el cuello de Tilden aparecía una minúscula gotita de color rojo.
— Ya está ahí — dijo.
Tenía la lupa en la mano izquierda y unas pinzas en la derecha. Dos minutos más tarde, se hizo completamente visible el «grykh», en su forma de cohete con alas. Fargo lo sujetó con las pinzas. El «grykh» no opuso la menor resistencia.
A continuación, Fargo llevó el diminuto ser al laboratorio y lo situó bajo el bocal. Charlie se sentía atónito. — ¿Qué me traes aquí? — preguntó.
— Uno de tus congéneres — sonrió el joven —. Aunque no sé si será macho o hembra ...
— Esta forma es igual para ambos sexos. Yo tampoco lo sabré hasta que se recupere... ¿Le has dado alcohol?
— Sí, a su «anfitrión», que era humano y no podía matarlo, como sucedió en tu caso.
— El alcohol nos perjudica mucho — se quejó Charlie.
— Me lo figuraba. Bueno, volveré más tarde.
Cuando regresó a la sala, Tilden empezaba a moverse.
— Café. Ada — pidió Fargo.
Ella fue a la cocina y volvió unos minutos después con una bandeja en las manos. Tilden estaba sentado ya en el diván.
— ¿Qué me ha sucedido? — preguntó con voz insegura.
— Le hicimos beberse una botella señor — respondió Fargo serenamente.
Tilden frunció el ceño.
— Creo que recuerdo... — Se pasó una mano por la frente —. Me parece como si tuviera la cabeza hueca...
— No es extraño — sonrió el joven —. Tómese un par de tazas de café y se sentirá mucho mejor.
Tilden obedeció. Al cabo de unos momentos, su mirada adquirió de nuevo su firmeza habitual.
— Bueno, jóvenes — habló con voz segura —, y ahora, ¿querrán explicarme los motivos de haberme traído a esta casa? Porque sospecho que sus móviles no son precisamente los de pedirme un rescate, ni tampoco quieren perjudicar mi carrera política...
— Nada de eso, señor —manifestó Fargo—. Sólo quiero hacerle una

pregunta y le ruego me conteste con la mayor sinceridad. Después.... si lo estima conveniente. nos pondremos en sus manos incondicionalmente.
Tilden estudió durante unos segundos el rostro del hombre que tenía frente a sí. Luego hizo un gesto de aquiescencia.
— Adelante, haga la pregunta — invitó.
— Consejero. ¿persiste todavía en sus ideas de declarar la guerra a Sphordys?
Tilden saltó en su asiento.
— ¿Declarar la guerra? — vociferó —. Pero ¿a qué imbécil se le ha podido ocurrir una insensatez semejante?
— A usted, señor —— dijo Fargo sin pestañear.

* * *

Tilden se había marchado, acompañado por El Zancudo. Peabody dormitaba en un sillón.
— Bueno, las cosas han cambiado notablemente — dijo Ada, mientras llenaba la taza de Fargo —. Tilden tendrá que dar muchas explicaciones, pero es un político muy hábil y sabrá salir del mal paso sin demasiado descredito. ¿Y los «grykhs»? ¿Qué dirán, Nick?
— Si todos son como Charlie, no se sentirán muy felices. Por otra parte, tampoco me gustaría que padecieran demasiado.
—No te entiendo...
— Vamos al laboratorio.
Cuando se acercaron al bocal, vieron a dos homúnculos en lugar de uno.
— Ya tienes compañía, ¿eh, Charlie? — dijo Fargo alegremente.
— Sí. Es hembra y se llama Belitha —contestó Charlie.
— ¿Qué hace este terrestre aquí? —preguntó el otro ser diminuto—. Charlie, ordénale que nos libere...
— No puedo, Belitha — contestó Charlie tristemente.
— Charlie, tú nunca has sido completamente sincero con nosotros — dijo Fargo—. Es posible que existan motivos de resentimiento entre vosotros y los «hurykhs», pero resulta necesario hacer los mayores esfuerzos para establecer la paz entre las dos razas.
— ¡No, nunca, jamás!
— Muy bien. En tal caso, tú y Belitha permaneceréis aquí encerrados por tiempo indefinido. Belitha, ¿qué tal lo pasaste cuando el alcohol empezó a llegar al cerebro de tu «anfitrión»?
— Fatal — respondió lacónicamente la aludida.
— Me lo imaginaba. ¿Dónde está vuestra nave? Belitha se volvió hacia Charlie.
— No se lo has dicho — exclamó.
— Ni pienso decírselo — aseguró Charlie rotundamente.

— Callaremos —dijo Belitha.
— Muy bien. Ahí os dejamos — se despidió Fargo.
Agarró la mano de la joven y tiró de ella.
— Vigílalos bien —aconsejó —. Son dos y pueden unir sus fuerzas, mejor todavía, sus mentes, para intentar escaparse.
— Descuida —dijo Ada—. Pero ¿adónde vas? Fargo miró hacia la ventana. Ya amanecía.
— Tengo que hablar con la comisionada de Sphordvs —dijo.

* * *

Alvyra estiró los brazos, bostezó voluptuosamente y se sentó en la cama. Entonces fue cuando reparó en el hombre que se hallaba a su lado, sentado en el borde del lecho.
— ¡Nick! —exclamó—. ¿De dónde sales? Te fuiste sin despedirte...
— He estado trabajando en tu favor — sonrió él—.
Anda, vístete; el desayuno aguarda ya en la mesa.
Alvyra estiró los brazos hacia el cuello del joven.
— Al diablo el desayuno — murmuró ardientemente—.
Luego, luego...
Fargo sintió que su cara se hundía entre los cálidos senos de la mujer. Durante unos segundos fue presa de un vértigo, pero logró recuperarse a tiempo y separarse de aquel cuerpo con tantos atractivos.
— No hay tiempo para el placer —dijo, poniéndose en pie—. Te aguardo en la salita.
Alvyra llegó minutos después, atándose el cinturón de la bata. Fargo llenó su taza.
— No habrá guerra — anunció el joven.
Ella le miró fijamente. — ¿Cómo lo sabes?
— He hablado con Tilden. Tenía un «grykh» en su cerebro. Conseguí expulsarlo. Naturalmente, su actitud cambió de inmediato.
— ¡Caramba, vaya proeza! — exclamó Alvyra —. Nasotros no lo hemos conseguido jamás... A lo máximo que habíamos llegado era a evitar los ataques de esos despreciables homínidos. Nos poníamos una protección metálica sobre la segunda vértebra... Yo misma la llevo casi desde mi nacimiento.
— Pues no he notado nada — confesó él.
— La placa de metal está situada bajo la epidermis.
Pero si alguno de nosotros es atacado, no puede librarse jamás del parásito..., a menos que éste decida por sí mismo abandonar su refugio. Y no suele suceder, créeme.
Fargo sonrió.
— En Sphordys, o en Zhdor, según la denominación de los «grykhs», sois abstemios, creo.

— Bueno, conocemos el alcohol, pero muy raramente lo utilizamos como bebida y más bien en compuestos medicinales. Sin embargo, no se conoce de ningún caso en que una persona, poseída por un «grykhs», haya tomado un medicamento que contenga alcohol y su parásito haya sido expulsado.
— Porque se necesita mucho alcohol. En el caso de Tilden, nada menos que una botella entera de whisky. Quizá habría sido suficiente con la mitad, pero no quise correr riesgos y le hice beberse la botella hasta la última gota.
Alvyra se sentía estupefacta.
— Ese remedio no se nos había ocurrido a nosotros —dijo—. ¿Cómo pensaste en dlo?
— Bueno, en realidad, yo pensé en un veneno... Todas las sustancias tóxicas son transportadas a través del torrente sanguíneo y, a juzgar por lo que he podido apreciar, el «grykh» vive parasitariamente de la sangre del «anfitrión» elegido. Pero la sangre también puede transportar alcohol.
— Ya entiendo. El alcohol no mata al que lo ingiere...
— A menos que se habitúe y se convierta en un dipsómano empedernido. Tilden es buen bebedor, pero su parásito había resistido perfectamente. La dosis que le aplique resultó excesiva y tuvo que abandonar su refugio.
— ¿Lo has matado?
— No. Tengo dos «grykhs» prisioneros.
— ¡Mátalos, Nick, mátalos! — dijo Alvyra excitadamente —. Son malignos como el mismo demonio...
—Son seres vivos, inteligentes y por tanto, con capacidad de discernir entre el bien y el mal. Si no consigo que abandonen sus proyectos, entonces, sí, será preciso recurrir a métodos expeditivos.
— Pero ¿es que no lo comprendes? Nosotros los habíamos derrotado; prácticamente resultaban inofensivos para los «hurykhs», como ellos nos denominan. Por tanto, tenían que buscar otro sistema para conseguir apoderarse de nuestro planeta.
— La guerra.
— Sí, justamente.
— Ellos sabían que Sphordy Iba a enviar una misión comercial y se anticiparon en su astronave.
— Exacto, Nick.
— Tengo que encontrar esa astronave, Alvyra. Cuando lo haya conseguido, todos los triunfos estarán en mi mano.
— Si la encuentras, hazla volar
— No, todavía no. Pero puedes estar segura de que lo haré si resulta absolutamente necesario.
Fargo apuró su taza de café y se puso en pie.

— El ladrón era un amigo — añadió.
Alvyra sonrió.
— Me lo imaginé. Eran demasiadas «casualidades» — contestó.
— No te disgustó, me parece.
— En absoluto.
Fargo meneó la cabeza.
— Sin embargo, tendré que resolver un problema —dijo, preocupado —. ¿Cómo puedo hacer que una monja se emborrache?
— ¿Qué? — exclamó ella, desconcertada —. No entiendo...
— No te preocupes, esto no te concierne en absoluto.
— Fargo se inclinó para besarla en una mejilla, pero, en el mismo momento, sonó el zumbador de llamada del videófono y se separó vivamente de la mujer—. Atiende al importuno — dijo.
Alvyra se levantó y dio el contacto. El rostro de una hermosa joven apareció de inmediato en la pantalla.
— Señora de Hubrikh —dijo Ada—, si está con usted el señor Fargo, dígale que Charlie y Belitha han conseguido escapar.

* * *

Fargo se quedó parado un instante. Luego, reaccionando, se situó frente a la pantalla.
— Pero ¿cómo ha ocurrido una cosa semejante? — exclamó malhumoradamente —. Dije que los vigilases...
— Lo sé, Nick, lo sé — respondió ella, avergonzada—. Pero en el plato de porcelana había un poro.
— Diablos, debimos haber utilizado un plato de metal.
—Ellos aprovecharon el poro para perforar la zona no vítrea del plato. Debajo, como puedes comprender, estaba la madera de la mesa.
— Ya entiendo — suspiró el joven —. Bien, esa pareja de granujas se han largado y será difícil encontrarlos. Pero ahora conocemos el modo de combatirlos...
— Eso está muy bien, Nick —le interrumpió Ada—, sólo que no puedes divulgarlo. Nadie creería una historia tan fantástica. Además, ¿sabemos exactamente cuántas personas han sido parasitadas? Ciertamente, hay algunas entre las que ocupan los cargos más elevados del país, pero también las hay sin ningún relieve especifico. Y no olvidemos tampoco que muchos de los «grykhs» penetraron en animales.
— ¡Esperen un momento! —terció Alvyra—. Quizá yo pueda indicarles una solución para su problema. A fin de cuentas, hace muchísimos años que lo tenemos y logramos solucionarlo de manera bastante satisfactoria.
Fargo se volvió para mirarla. Al otro lado de la línea, Ada escuchaba con gran atención.

— Lo primero que deberíamos hacer es localizar su astronave —continuó la comisionada—. Eso corre de mi cuenta, aparte de que hablaré con el consejero Tilden y le expondré la situación reservadamente. Si no te importa, Nick, volveremos a reunimos aquí a la hora de la cena. Usted también puede acudir si lo desea, señorita...
— Murchinson — dijo Ada —. Está bien, iré al hotel a la hora de la cena.
— Para localizar la nave de los «grykhs» se necesitarán medios muy sofisticados, teniendo en cuenta que llegó a la Tierra sin ser detectada — objetó Fargo.
Alvyra sonrió.
— Encontraré esos medios — aseguró.
— Está bien — dijo el joven —. Yo me voy a dormir un rato; todavía no he pegado ojo, desde que me desperté ayer, a las ocho de la mañana. Hasta luego. Alvyra. Ada, nos veremos a la noche.
Fargo se retiró a la habitación que había tomado en el mismo hotel y se metió en la cama. Despertó fresco y descansado después de mediodía y tomó un baño largo y tonificante. Luego pidió algo de comer. Una vez hubo terminado, encendió un cigarro, cuyo humo saboreó con evidente placer. Súbitamente, percibió un tenue zumbido en la habitación, bajo de volumen, pero agudo en su tonalidad sonora. Casi en el mismo instante, oyó la voz de Charlie:
— Nick, no te muevas o eres hombre muerto.

CAPÍTULO IX

Fargo creyó percibir en la piel de su cuello un debilísimo roce, algo así como si alguien le rascara con la punta de un alfiler sin la menor presión, sosteniéndolo simplemente con dos dedos. Luego notó un ligerísimo pinchazo, justo por debajo de la diminuta placa de blindaje que protegía el punto crítico de su nuca.
— Belitha va a penetrar en tu cerebro — anunció el «grykh» —. Si no haces lo que te ordenamos, te matará. Destrozará tu cerebro con unos cuantos «viajes» y tendrá tiempo de escapar antes de que se coagule tu sangre. ¿Lo has entendido bien?
— Sí, perfectamente — contestó Fargo, mientras se esforzaba por mantener la serenidad. ¿Cuánto tiempo duraría con la mente aún libre?, se preguntó.
Miró a su alrededor.
— Charlie, no te veo — añadió.
— Estoy aquí — contestó el homúnculo, desde una consola situada en el otro lado de la habitación.
Fargo se puso en pie y rebuscó en sus bolsillos.
Encontró un lápiz y luego fue a la mesita escritorio que formaba parte

del mobiliario de la suite. Sacó una cuartilla con el membrete del hotel, escribió rápidamente unas cuantas palabras y luego se acercó a la consola.
— ¿Qué tal, Charlie?
— Hola — saludó el «grykh».
— No os ha costado mucho localizarme.
— Ha sido sencillo, relativamente, claro. Nick, queremos que nos ayudes o te mataremos.
—Así de sencillo, ¿eh? Charlie, voy a decirte una cosa. En un principio, me sentí inclinado a compadeceros. Ahora veo que no había motivos para albergar tales sentimientos. No sois buenos los «grykhs», no, en modo alguno.
El homúnculo estaba sentado en el borde de la consola, con las piernas colgando en el vacío.
— Tus sentimientos me importan un rábano, como decís los terrestres —contestó despectivamente—. Vinimos a tu planeta, con un plan trazado de antemano y, pese a fracasos eventuales, lo cumpliremos en sus menores puntos.
— Ese plan, supongo, incluye la conquista de Zhdor. O de Sphordys, según se prefiera.
— Y la sumisión absoluta de los «grykhs» — declaró Charlie orgullosamente.
— Es una lástima —dijo Fargo—. Casi había llegado a un acuerdo con la representante de los «hurykhs» en la Tierra. Ella estaba dispuesta a aceptar, pero tú me lo pones cuesta arriba, Charlie.
— No habrá trato de ninguna clase, Nick. Y ahora, prepárate, voy a darte mis primeras órdenes.
— Espera un momento —pidió el joven—. Tienes que contarme cómo conseguiste escapar de tu encierro.
— Fue sencillo. Encontramos una solución de continuidad en la superficie vitrificada del plato y, aunque nos costó en un principio, logramos perforar un túnel, que nos llevó hasta la madera de la mesa. La madera, como puedes comprender, es mucho más blanda.
— Pero tú dijiste que no puedes transformarte continuamente...
— En casos necesarios, se hace un esfuerzo — respondió Charlie.
— Ya. Una última pregunta, por favor.
— Habla, Nick.
— ¿Estás seguro de que soy el personaje adecuado para ayudaros?
—Sí.
— Bien, si lo crees... Ah, perdona un momento; creo que llaman a la puerta. ¿Me permites, Charlie?
—¿Quién es? — gritó el homúnculo.
— La camarera. Viene a retirar el servicio, no temas.
Fargo cruzó la estancia y abrió la puerta. Una mujer uniformada

penetró en la estancia, ajena por completo a lo que sucedía, y se acercó a la mesa para llevarse los platos y cubiertos. Entonces leyó una nota manuscrita:
«Por favor, es muy urgente. Tráigame en el acto una botella de whisky.»
La camarera respingó ligeramente, pero no dijo nada, acostumbrada a toda clase de rarezas. Cargó con la bandeja y se alejó.
— Sigamos. Charlie — dijo el joven segundos más tarde.
— Tú eres amigo de la comisionada «hurykh».
— Psé... tengo cierta influencia con ella...
— Escúchame, cuando le veas, tratarás de conquistarla.
— ¿Eh? Pero ¿qué estás diciendo...?
— Oyeme bien —dijo Charlie con dureza—. Tienes que obedecer mis órdenes, no admito objeciones. Ahora saldrás del hotel y comprarás algo que la haga dormirse. Mientras duerme le quitarás la placa de metal que tiene inserta bajo la piel de su cuello. Sabemos que hay medicinas en la Tierra que permiten una cicatrización rápida de las heridas, aparte de los anestésicos convencionales. Tú eres lo suficientemente listo para hacer lo que te digo sin que ella sospeche nada. ¿Lo has entendido bien?
— Perfectamente —contestó Fargo sin pestañear—. ¿Qué harás cuando haya conseguido quitarle la placa?
— Infiltrarme en su cerebro — respondió triunfalmente el homúnculo.
Fargo se tanteó el cuello. La plaquita de metal, sujeta con una tira adhesiva, no era una protección suficiente, reconoció con amargura. Al menos, contra unos «grykhs» experimentados, como Charlie y Belitha.
— La matarás, supongo —dijo con acento neutral
— Por el momento, me será de más utilidad viva.
Luego...
Sonaron unos golpes en la puerta. Charlie emitió una colérica interjección.
— Pero ¿es que no nos van a dejar hablar en paz? Fargo no le hacía caso. Ya había abierto la puerta y tenía en la mano la botella de whisky. Dio una generosa propina a la camarera, cerró y se enfrentó de nuevo con el homúnculo.
— Dispensa. Charlie —sonrió—. Han traído mi medicina para la deshidratación que padezco.
— ¿Deshidratación? — se asombró el «grykh».
— Sí, pérdida de agua en el organismo. El médico me recetó una botella de este líquido a diario, a fin de retener el agua en las células...
La botella estaba ya abierta. Fargo empezó a beber a chorro. ¿Había llegado ya Belitha a su cerebro?
— Sigue, sigue hablando... — Eructó sonoramente, esforzándose por

mantener la serenidad —. Haré todo lo que me mandes...
— Está bien —dijo Charlie con aire paciente—. Comprarás el anestésico y el cicatrizante rápido... ¿ Eh, pero, qué te pasa?
— Creo... que la medicina ha llegado un poco tarde...
Charlie, amigo mío, tendrás que esperar unas horas a que me haga efecto...
Buscó la cama y se tendió de bruces. Hizo un esfuerzo, alzó la botella y bebió un par de tragos más. En aquellos momentos odiaba el licor, pero harto se daba cuenta de que era la única solución que le quedaba si quería seguir con vida.
Empezó a verlo todo borroso. Pronto perdería el conocimiento, se dijo.
Pero no llegó al estado de inconsciencia absoluta.

* * *

Algo resonó atronadoramente en su cerebro. Era una voz en la que se percibían trémolos de infinita angustia:
— ;Charlie, me encuentro muy mal! La sangre de este terrestre es terriblemente tóxica ... Tengo que salir cuanto antes de aquí o moriré...
— Mátalo antes, mátalo antes... MATALO, BELITHA...
— No puedo... Si lo hago, consumiré todas mis energías...
— Haz un esfuerzo, te lo suplico. No era una medicina lo que ha bebido, sino alcohol... Haz un esfuerzo...
— Im... po... si... ble. Es... la segunda... vez... que… me... sucede una cosa seme... jante... ¡OH, CHARLIE, ME ESTOY... DISOL... VIENDO!
.
Una de las voces calló súbitamente. La otra emitió una tremenda imprecación:
— Maldito seas, Nick. Te mataré..., juro que te mataré...
Luego, el silencio más absoluto cayó sobre el cerebro de Fargo.

* * *

Transcurrieron varias horas. Terriblemente mareado, Fargo se levantó y caminó hacia el cuarto de baño. Recordaba perfectamente, a pesar de todo, la dramática conversación habida entre los «grykhs». Resultaba evidente que Belitha no había podido resistir el segundo ataque del alcohol.
Orinó. Si Belitha se había disuelto en el torrente sanguíneo, abundantemente impregnada de alcohol, resultaba evidente que los riñones filtrarían la sangre y eliminarían los residuos impuros. Sentíase satisfecho por haber encontrado la forma de combatir a los «grykhs», pero, al mismo tiempo, sabía que Charlie era terriblemente astuto y no se dejaría engañar por segunda vez.
Buscaría un ayudante que no hubiera padecido los efectos del alcohol.

Maquinalmente, se frotó la nuca. Habría que proteger mejor el punto vital, se dijo:
Entonces, llamaron a la puerta. Era Ada.
—Hola, Nick... Pero ¡qué mala cara tienes! —se asombró la joven—. ¿Te ha sucedido algo?
— Voy a pedir que me suban café —contestó él—. Ha sido algo terrible, creéme.
Minutos más tarde, Fargo se había repuesto ya lo suficiente para hacer una relación de lo sucedido. Concluyó:
— He conseguido engañar a Charlie dos veces, contando con el caso Tilden, pero dudo mucho de que «pique» la tercera vez.
— Suponiendo que volváis a enfrentaras — dijo Ada, profundamente impresionada por lo que acababa de escuchar.
— Nos enfrentaremos de nuevo, no te quepa la menor duda — aseguró él—. Charlie juró que me mataría.
— Pero ¿cómo? Tan diminuto...
— Belitha se disolvió en mi sangre, debido precisamente a su segunda estancia en un líquido profundamente impregnado de alcohol. Ahora, Charlie buscará otro «grykh», que no haya sufrido esos efectos, y me atacará.
— Si tienes bien protegido el cuello...
— Me lo protegeré, por supuesto; aunque dudo mucho de que consiga algo positivo. — ¿Por qué?
— Belitha consiguió traspasar mi protección. Había aprendido a hacerlo, de la misma forma que la necesidad les impulsó a buscar una vía de escape a través de aquel poro en la porcelana del plato. Aprenderán, de la misma forma que ciertas bacterias, con el tiempo, se tornan resistentes a los antibióticos. Muchos insectos, que fueron eliminados por plaguicidas, mutaron genéticamente y fue preciso inventar otros insecticidas... ¿Comprendes lo que quiero decirte?
Ada hizo un gesto de preocupado asentimiento.
— Te entiendo a la perfección —contestó—. Pero creo haber descubierto la solución. La escapatoria de los "grykhs» a través de un poro me ha dado una buena idea.
— Pues habrá que ponerla en práctica inmediatamente —exclamó Fargo—. Oye, Ada, yo estaba completamente borracho, pero, aun así, escuché el diálogo entre Charlie y Belitha. Era estremecedor, horrible, ¡y el odio de Charlie rezumaba por cada una de sus palabras! Cometieron errores, no cabe la menor duda, pero ahora me culpan a mí de su fracaso.
Ada consultó su reloj de pulsera.
— Creo que todavía tendré tiempo —dijo—. Nick, pide inmediatamente otra botella...
— Por favor, más whisky no; mi estómago lo rechazaría —clamó

Fargo.
— Oh, no, no quiero que bebas. Simplemente, ten un pañuelo empapado en licor sobre tu cuello, hasta que vuelva yo.
— Hemos de cenar con Alvyra, recuérdalo.
— En todo caso, empezad sin mí — dijo la joven, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.
Media hora más tarde, regresó Ada con un paquete en las manos.
— Siéntate, Nick —ordenó.
— Alvyra no ha regresado todavía — informó él, mientras buscaba una silla.
— Es un personaje de importancia. Algo la habrá retrasado — supuso la muchacha.
Fargo contempló las operaciones que realizaba Ada.
Ella había traído consigo un rollo de cinta adhesiva y otro de papel de aluminio. Recortó éste en varias tiras, que situó una encima de otra, hasta formar una protección compuesta por seis capas. Luego situó todo en la nuca de Fargo, de tal modo que ocupaba un espacio varias veces superior al de la chapita utilizada hasta entonces.
— Creo que con esto quedarás suficientemente protegido —dijo al terminar—. Los «grykhs» atacan en un punto determinado del cuello o en sus inmediaciones. Ahora, el futuro atacante, tendría que recorrer un camino mucho más largo.
— No suelen tener mucha prisa — comentó él amargamente.
— Estoy segura de que fracasará si lo intenta. En el peor de los casos, y por mucho que duela tu estómago, deberás tener siempre a mano una botella de licor.
— ¡Dgh! — refunfuñó Fargo —. Si no hay otro remedio...
— Creo que no. Y ahora, por favor, ¿quieres repetir conmigo la operación?
— Sí, claro, con mucho gusto.
Al terminar, Ada volvió a mirar su reloj.
— Son más de las nueve — observó —. Alvyra se retrasa demasiado.
— Seamos corteses — dijo Fargo—. Algo le habrá impedido acudir a la cena, como había prometido.
— Yo tengo hambre — se quejó Ada.
— Pide algo de comer. Yo he perdido el apetito.
El tiempo transcurrió lentamente. Cerca de la medianoche, Ada anunció que no iba a esperar más y que se marchaba a casa.
— Ya me dirás mañana lo que ha sucedido — solicitó, Casi en el mismo instante, se abrió la puerta.
— ¡Alvyra! — exclamó Fargo, agradablemente sorprendido —. Casi nos habíamos despedido de verte esta noche...
La recién llegada guardó silencio durante unos instantes. Fargo advirtió demasiado tarde la extraña expresión que se advertía en sus

hermosas facciones. Cuando quiso decir algo, se encontró con que Alvyra le apuntaba con un revólver.
— Voy a matarte, Nick — anunció la dama.

CAPÍTULO X

Sobrevino una pausa de tenso silencio. Fargo, no obstante, se percató de algo muy importante.
La voz de Alvyra sonaba forzada. Su misma mano carecía de la firmeza necesaria para el empeño mencionado. Entonces, llegó a su mente la evidencia clara de que ella se resistía a ejecutar lo que acababa de anunciar.
Inmediatamente, reaccionó como era mejor en aquellos instantes. Su mano izquierda desvió el revólver. El puño cerrado derecho entró en contacto con el mentón de Alvyra. La comisionada cerró los ojos, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, completamente *knock-out.*
Fargo apartó el revólver de un puntapié. Luego se inclinó sobre Alvyra y la llevó a la cama, situándola boca abajo. Ada le siguió en el acto.
— Si tuviéramos una lupa... —deseó él.
— He traído algunos instrumentos —dijo Ada—.
Aguarda un instante, por favor.
Ada abandonó el dormitorio, para volver segundos más tarde. Fargo apartó a un lado la frondosa cabellera de Alvyra. En la piel del cuello se advertían todavía las finas líneas de una cicatriz, de forma rectangular y de unos tres centímetros por dos, que señalaban con toda claridad lo que le había sucedido a la hermosa mujer.
— No cabe duda, tiene un «grykh» infiltrado en el cerebro.
— Pero ¿quién ha podido quitarle la placa protectora...? — exclamó Ada, desconcertada.
— Se entrevistó con alguien y esa persona, quienquiera que sea, tiene un parásito. Charlie le dio instrucciones, simplemente.
— ¿Puede hacerlo?
— Son telépatas, no lo olvides.
Ada se estremeció.
— Entonces, Charlie puede ordenar al «grykh» que mate a Alvyra— dijo, aterrada—. Incluso ahora...
—Ahora, no.
—¿Por qué?
— Ada, sospecho que la actividad parasitaria de los «grykhs» es algo distinta a la de los parásitos comunes que conocemos. Estos no interrumpen su actividad, aunque el ser a quien han parasitado esté descansando; las pulgas siguen picando al perro, aunque éste duerma, por ejemplo. Pero en el presente caso, se trata de un parásito mental. Si la mente de su anfitrión se paraliza momentáneamente,

como sucede con Alvyra, el «grykh» queda paralizado también.
— Es posible que tengas razón —convino ella—. Pero ¿qué hacemos para solucionar el problema? ¿Más alcohol?
— ¿Tienes anestésico en tu bolso?
— Sí, he traído algunas cosas...
— Vamos a hacer que Alvyra duerma un poco más.
Mientras, pensaremos algo.
Ada buscó el pulverizador, con el que Fargo roció la cara de la comisionada. Alvyra empezaba a dar señales de vida justamente en aquel momento y volvió a caer en un profundo sueño.
— ¿Y ahora? — preguntó la muchacha.
— La verdad es que el alcohol es un magnífico remedio, pero no me atrevo a utilizarlo en el caso de Alvyra —respondió él—. Es muy probable que su huésped esté ya advertido y podría reaccionar desastrosamente para ella. Tendré que idear otro procedimiento — suspiró.
— ¿Cuál, Nick?
— No lo sé todavía; tengo que pensar algo. Mientras tanto, me gustaría que te ocupases de Alvyra. Cada vez que se despierte, anestésiala. No le perjudicará dormir veinticuatro horas seguidas, me parece.
— No, desde luego que no, pero... ¿es que vas a tardar tanto en volver?
— Me gustaría darte una respuesta concreta en este sentido, pero no puedo —se despidió Fargo.

* * *

Había despertado a media docena de personas, la mayoría de las cuales le maldijeron, cuando no le volvieron abiertamente la espalda. Todos sus esfuerzos habían resultado inútiles y, profundamente desalentado, regresaba al hotel. Entonces, de forma inesperada, percibió una voz harto conocida:
— Hola, Nick.
Fargo se puso rígido. Luego volvió la cabeza. Allí, sentado sobré su hombro, agarrado con sus casi microscópicas manitas a unas hilachas de su chaqueta de lana, estaba Charlie.
— Hola, muchacho —contestó Fargo—. Parece que somos enemigos, pero, a pesar de todo, no podemos estar separados durante mucho tiempo, ¿eh?
— En el fondo, me has caído siempre simpático. Naturalmente, yo tengo mis proyectos y no voy a permitir que los sentimientos interfieran esos planes. Créeme, Nick, a la corta o a la larga, acabaremos consiguiéndolo.
— Sí, ya he visto que has conseguido infiltrar a uno de los tuyos en el

cerebro de Alvyra. Ella intentó matarme.
— Y no lo hizo.
— Charlie, me parece que los «grykhs» supervaloráis en exceso vuestros propios poderes. Alvyra; en efecto, recibió la orden de matarme, lo cual habría provocado un fenomenal escándalo, con las repercusiones diplomáticas consiguientes. Pero tu compinche no contó con el resto de voluntad que ella conservaba, a pesar de su funesta influencia, y que la hizo resistirse unos segundos a la orden.
— Cosa que aprovechaste tú para...
— Derribarla de un puñetazo, dejándola sin sentido.
— Si has empleado el alcohol, te habrás dado cuenta de que es inútil.
Metafóricamente, porque la comunicación era telepática, al menos del «gyrkh» hacia él, Fargo aguzó el oído. Aún no había soltado prenda sobre el particular y se dijo que le convenía seguir la corriente al homúnculo.
— Pues sí, la hice beber, pero no pasó nada...
Fargo oyó una ruidosa carcajada en el interior de su mente.
— He conseguido inmunidad al alcohol— exclamó.
— No me digas — fingió asombro Fargo —. ¿Cómo, Charlie?
— Sería largo de contar, aunque, en el fondo, he empleado el mismo procedimiento que vosotros para prevenir las enfermedades.
— Ah, una especie de vacuna...
— Justamente, Nick.
— Actúas muy rápido. En menos de veinticuatro horas has conseguido no sólo evitar los desastrosos efectos del alcohol en tus congéneres, sino infiltrar uno en el cerebro de una persona que se suponía inmune a vuestros ataques.
— No somos tontos, Nick —rió el homúnculo—. Sí, actuamos rápidamente, pero es porque lo necesitamos. Oye, si te unieras a nosotros, quizá pudiera perdonarte lo que hiciste con Belitha.
— No necesito de tu perdón, gracias. Ni tampoco quiero unirme a vosotros. Tú ya me comprendes, ¿verdad?
— Sí. Es una lástima que tenga que matarte, Nick.
— ¿Ahora?
— No, hombre, cuando me parezca conveniente. Sé que te has protegido muy bien y no quiero perder el tiempo por el momento. Volveremos a vemos —se despidió el homúnculo.
— Aguarda un momento —pidió Fargo.
— Despacha, pronto; tengo prisa...
— ¿Cómo te marchas de mi lado? ¿Convertido en larva voladora? Eso requiere mucho esfuerzo, me parece.
—Empiezo a: acostumbrarme. Además, y tal vez debido a ciertas inhibiciones, motivadas por nuestra educación, y ya desaparecidas, podemos realizar esas operaciones con más frecuencia de lo que

creíamos. ¿Algo más, Nick?
— No. ¡Adiós, Charlie!
Fargo levantó una mano mecánicamente. Una mujer que pasaba por su lado le miró con suspicacia. Fargo le dirigió una sonrisa de circunstancias.
Pero luego se puso serio. Charlie había demostrado ser mucho más listo de lo que se imaginaba. Casi estaba por apostar que iba a ganar la partida.
Estaba cansado y decidió que una taza de café le sentaría bien. Entró en una cafetería que encontró al paso y ocupó un taburete. A su lado había un hombre que no parecía encontrarse muy bien.
Fargo observó que tiritaba. La cara del sujeto, además, le pareció conocida. — Oiga, usted es...
El hombre se volvió.
— ¡Nick Fargo! —exclamó—. Hace tiempo que no nos veíamos, ¿eh?
— Pues, sí, Ronnie Chapman — respondió el joven—.
Pero ¿qué te pasa? Tiemblas como azogado...
— Es lógico. He pillado la gripé y tengo una fiebre de caballo. Me levanté para ir a la oficina, pero no he podido resistido y... Perdona, Nick; nos veremos en mejor ocasión.
Chapman se marchó. Fargo tomó el café, abonó la consumición y regresó al hotel.
Ada le recibió, con claras señales de falta de sueño.
—Duerme un rato—aconsejó él—. Yo vigilaré a Alvyra...
—¿Has conseguido algo?
— Sí, pero no en el sentido que tú piensas. Ahora, los «grykhs» han aprendido a eludir los efectos del alcohol.
Ada lanzó un gemido.
— ¿Cómo? — preguntó.
—Algo parecido a una vacuna. He estado hablando con Charlie, ¿sabes?
— Increíble — murmuró ella.
— Desgraciadamente, es cierto. Y lo peor de todo es que no podemos mantener permanentemente anestesiada a Alvyra.
Fargo apretó los labios.
— Si, al menos, supiéramos dónde está la nave de los «grykhs»...
— ¿Crees que ello resultaría de alguna utilidad?
— Esa nave no puede ser muy grande — supuso Fargo —. Por tanto, localizándola, podríamos hacer un trato con Charlie.
— Lo dudo mucho, aunque, si no encontramos la nave, no habrá trato de ninguna clase, Nick.
Fargo consultó su reloj.
— Anda, échate a dormir —indicó—. Yo vigilaré a Alvyra durante un par de horas.

—Está bien.
Ada se tendió en un diván. Fargo entró en el dormitorio. Alvyra, convenientemente abrigada, seguía sumida en un plácido sueño. De pronto, se movió un poco y Fargo, como medida de precaución, le aplicó una dosis de gas anestésico.
Volvió a la sala. Ada va estaba dormida.
Entonces, Fargo reparó en el bolso del que Alvyra había extraído el revólver. Lentamente, se acercó a la mesa y abrió el bolso.
Entre otros objetos, había una agenda, más bien un cuaderno, con tapas negras. Era una indiscreción, pero Fargo no pudo resistir la tentación de abrirlo.
En las primeras páginas, vio anotaciones en el idioma de Sphordys, que no comprendía en absoluto. Supuso que debían ser notas tomadas durante sus gestiones diplomáticas. Pero, de repente, vio algo que llamó extraordinariamente su atención.
Era un extraño dibujo, que representaba un diminuto círculo rojo, sobre el que convergían tres líneas rectas.
A la derecha del dibujo vio una anotación geográfica, latitud y longitud, y debajo de las cifras, estas terrestres, una flecha que iba a parar al círculo.
Casi se le paró el corazón. En aquel mismo instante, presintió que Alvyra había localizado la nave de los «grykhs».

CAPÍTULO XI

Erdel Habbo era el primer secretario de la embajada presidida por Alvyra y se sintió consternado al conocer las noticias que le daba aquel terrestre, a quien acababa de conocer.
En el primer momento, se resistió a creer en lo que oía. Pero cuando Fargo le enseñó el cuello inconsciente de Alvyra, sus dudas se disiparon instantáneamente.
— Sí, ahora lo creo —dijo—. Los «grykhs» han sido siempre muy astutos, fácilmente adaptables a cualquier situación y abyectamente traicioneros. Hubo un tiempo en que sólo pretendían vivir parasitariamente en nosotros, pero cuando los rechazamos, decidieron que sólo ellos podían ser los dueños de Sphordys. No obstante, sus fuerzas resultaban insuficientes para conseguir sus propósitos y por eso volaron hasta la Tierra, a fin de provocar un conflicto, perjudicial para nosotros, pero beneficioso para ellos, claro está.
— No han abandonado sus propósitos, Erdel —dijo Fargo—. Pero creo que ahora estamos en situación de combatidos eficazmente.
— ¿Cómo? Dígame el medio y haremos todo lo que sea preciso...
Fargo sacó a relucir el cuaderno.

—Alvyra consiguió localizar la nave de los «grykhs» —dijo—. Podríamos ir allí y volarla, pero me repugna cometer una matanza, a pesar de la hostilidad que sienten hacia los seres como nosotros. Prefiero obligarles a la rendición.
— Dudo mucho de que acepten sus condiciones, señor Fargo.
— Si no aceptan, siempre nos quedará el recurso de destruir su nave. Es de suponer —añadió el joven— que en el interior de esa nave hay todavía muchos «grykhs».
— Oh, sí, seguramente, varios millares. A pesar de lo que digan, también necesitan una etapa de adaptación a su nuevo medio. Ciertamente, debe de haber ya un millar de «grykhs» en estado parasitario, pero todavía quedarán muchos más, seguramente, recibiendo instrucciones sobre su comportamiento.
— Vamos, que asisten a clase, como los chicos...
— No. Aprenden en estado letárgico. En estos momentos, todos los «grykhs» que se hallan a bordo de la nave están completamente inmovilizados, De cuando en cuando, por supuesto, sale alguno, ya con un plan de «operaciones» y busca un «anfitrión», para instalarse en su cerebro.
Fargo sonrió.
— Ustedes los conocen bien — dijo.
— Por desgracia —suspiró Habbo—. Bien, ¿se le ha ocurrido un plan para capturar la nave, que no incluya su voladura?
— Sí, pero necesito su concurso. Y fondos, naturalmente — respondió Fargo.
— Empiece a hablar, Nick. Por exterminar esa plaga, sería capaz de cualquier cosa.

* * *

Alvyra despertó en su dormitorio, con la boca pastosa y la mente nublada. Abrió los ojos y divisó un rostro sonriente que se inclinaba hacia ella.
— ¿Cómo se encuentra? —dijo Ada.
Alvyra vaciló todavía.
— ¿Qué me ha pasado...?
— Se desvaneció. Sufrió un desmayo y la trajimos a su habitación — mintió la joven—. Pero no se preocupe; yo estoy aquí para ayudarla. Me lo pidió el señor Fargo.
— Nick —recordó Alvyra de pronto—. ¿Dónde está ahora?
— Ha salido. No sé cuándo volverá. ¿Quiere que la acompañe al cuarto de baño?
— Creo... que podré ir sola...
Alvyra hizo un esfuerzo y se puso en pie, pero hubiera caído de nuevo, a no ser por la proximidad de la joven, quien la sostuvo por un

brazo.
— Todavía está muy débil —sonrió Ada—. Iré con usted y la ayudaré a bañarse.
— Me pica el cuello... No sé qué me sucede.
— Algún granito, no se preocupe.
Media hora más tarde, Alvyra estaba sentada a la mesa, y atacaba con buen apetito un plato lleno de comida. Al terminar, sonrió placenteramente.
— Ahora me siento mejor — dijo.
— Lo celebro.
De pronto, Alvyra se puso seria. Su mano se estiró para asir un cuchillo.
— Tengo que matarla —exclamó torvamente.
— Sí, señora, no faltaría más — sonrió Ada.
Y, prevenida como estaba, empleó el mismo procedimiento ya utilizado por Fargo: un buen puñetazo en el mentón. El golpe no tuvo tanta fuerza, ni causó la pérdida del conocimiento instantánea, pero sí consiguió disminuir la capacidad de reacción de Alvyra, cosa que Ada aprovechó para, una vez más, emplear el gas anestésico.
Después de dejar a Alvyra en la cama, Ada se puso las manos en las caderas.
— Pues, señor, como tenga que pasarse la vida durmiendo, no le arriendo la ganancia — exclamó, insatisfecha, a pesar de todo.

* * *

Los cuatro hombres se apearon del gigantesco camión de transporte, movido por propulsión electromagnética, y contemplaron el singular objeto metálico que yacía en el fondo de aquella oculta cañada. Ray el Zancudo y Bill Peabody formaban también parte de la expedición, además de Fargo y Erdel Habbo.
— Y ésta es la astronave que trajo a los «grykhs» hasta nuestro planeta —dijo Fargo, pasados unos segundos.
— Así es —confirmó Habbo—. Como puede ver —añadió—, una minucia, comparada con cualquiera de nuestras naves.
— Pero eficaz y suficiente para los «grykhs».
— Oh, por supuesto. Ahora bien, si no es por medio de una voladura con explosivos, no acabo de comprender cómo piensa destruir ese artefacto.
— Es que de momento, no pienso destruirlo.
Fargo se acercó a la nave, que tenía forma lenticular y no mediría más de ocho metros de diámetro, por dos v medio de grosor. Teniendo en cuenta las dimensiones de los homúnculos, calculó que los corredores interiores no rebasarían los cinco centímetros de altura por uno de anchura. Un camarote, estimó, tendría unas medidas de cinco por tres

por tres, a lo sumo. Pero, en aquel hueco, se alojarían por lo menos una pareja de «grykhs». Sí, había allí espacio para varios miles de homúnculos.
Al cabo de unos momentos, se volvió hacia Habbo.
— Usted conoce esta clase de naves —dijo—. ¿Sabe dónde están las escotillas de acceso?
— Desde luego.
Fargo sacó del bolsillo un trozo de tiza y se la entregó al secretario, a la vez que señalaba la pulimentada superficie de la nave.
— Trace un círculo en cada una de las escotillas —ordenó.
— Está bien.
Fargo volvió al camión.
— Vamos, a preparar el material —dijo.
El Zancudo y Peabody se aprestaron al trabajo.
Fargo regresó junto a la nave, apoyada en el suelo por cuatro patas, que formaba su tren de aterrizaje.
— Hay otra escotilla ventral, pero no puedo alcanzarla — dijo Habbo —. La distancia es de treinta centímetros escasos...
— Yo me ocuparé de ello, descuide.
Fargo trajo una pala y excavó una pequeña zanja, de no más de quince centímetros de profundidad. Era suficiente para que Habbo pudiera señalar el emplazamiento de la última escotilla. Por medio de una lupa, Fargo pudo apreciar la fina línea divisoria que señalaba los límites de las compuertas exteriores.
El Zancudo llegó con un objeto que parecía un extintor de incendios. Fargo lo puso en funcionamiento. Un chorro de una sustancia amarillenta, muy densa, brotó en el acto de la boca de la válvula. Aquella pasta se solidificaba a los pocos minutos y adquiría una dureza granítica.
En un cuarto de hora, Fargo tapó todas las escotillas salvo una. Luego, sus improvisados ayudantes, trajeron arrastrando una manguera, cuya boca quedó conectada a la única escotilla libre, vencida con la ayuda de un palanqueta. Fargo cubrió los intersticios con la pasta y, al terminar, se volvió hacia sus acompañantes y sonrió.
— Bien, ahora sólo falta esperar.
— A Charlie — supuso Habbo.
—Sí.
— ¿Vendrá?
— Los «grykhs» Se comunican telepáticamente entre sí. Alguien le habrá informado de las cosas raras que han sucedido en el exterior de la nave — aseguró Fargo.

* * *

El lugar era muy ameno, aunque todavía, debido a la estación, hacía

frío, pero no excesivo. Fargo y sus acompañantes se sentaron en un lugar batido por el sol. Habían traído comida y tomaron unos bocadillos, regados con café de un gran termo.
De pronto, cuando habían transcurrido un par de horas, Fargo sintió una voz:
— Nick, ¿qué diablos has hecho con mi nave? Fargo volvió la cabeza. El homúnculo estaba sentado en su hombro.
— Hola, Charlie — saludó —. Has tardado un poco...
— Lo justo, Nick.
— Sí, claro, esto queda un poco lejos. Te avisaron tus compinches de que sucedía algo en la nave, ¿verdad?
— Mi presencia aquí contesta a tu pregunta — dijo Charlie, con su habitual mal talante —. Nick, dime de una vez, ¿qué es lo que pretendes hacer?
— Chantaje.
— ¿Cómo?
— Ah, no entiendes esa expresión. Te lo explicaré sucintamente: chantaje es obligar a una persona a hacer algo que no quiere, presionándola con amenazas.
Charlie se echó a reír.
— ¿Tú, me amenazas? —se burló.
—Sí.
— No puedes hacer nada contra nosotros. Hay más de mil «grykhs» que han encontrado un «anfitrión»...
— Y en la nave hay varios millares más, que pueden morir, si yo lo ordeno.
— ¡No, es imposible!
— Charlie, mira esa manguera — dijo Fargo con glacial acento —. Está conectada a un tanque de cianhídrico. Al contacto con el aire, el cianhídrico se convierte en un gas letal para todo ser viviente animal, no importa su especie, tamaño o configuración. Lo mismo muere una bacteria que un elefante, ¿entiendes?
— Es una canallada...
— Ah, Y lo que tú haces, es una obra pía — dijo Fargo mordazmente.
— Tenemos que hacerlo...
— No me vengas con historias, Charlie. Te estoy dando una oportunidad de paz. Eres un ser inteligente y aquí, en la Tierra, hemos aprendido a vivir pacíficamente, sin combatimos los unos a los otros. Lo mismo pasa con los «hubrykhs». Vuestras ambiciones de poder son injustas, por no calificadas de otra forma peor.
Charlie calló. Fargo se extrañó de su silencio. — ¿No me contestas? — exclamó.
El homúnculo volvió a reír.
— Anda, suelta el gas —dijo—. Todos los «grykhs» se han encerrado

en compartimientos absolutamente estancos.
— Ah, se lo has ordenado telepáticamente — adivinó el joven.
— Creí que no lo adivinarías — dijo Charlie, burlón.
— Ya me figuraba que harías algo semejante. Pero yo soy jugador profesional y siempre me reservo una carta.
— ¿Qué dices?
— La manguera tiene conexión a un tanque de aire comprimido a cincuenta atmósferas. Si doy una orden, el aire entrará en tu nave a gran presión. Vuestras compuertas estancas no están diseñadas para soportar esa presión y reventarán antes de diez segundos. Y los «gryks» que no hayan muerto aplastados, morirán luego asfixiados. ¿Entendido, Charlie?
Hubo un momento de silencio. Fargo, paciente, esperó callado.
Charlie volvió a hablar, pasados algunos segundos.
— Nick, si quieres, puedes dar la orden de pasar a la acción —dijo—. Pero antes escúchame bien.
— Te escucho, Charlie.
— Te he dicho antes que hay un millar de «grykhs» infiltrados parasitariamente en otros tantos terrestres. Puedo comunicarme con todos ellos, como sabes muy bien. Si les doy una orden, actuarán también y matarán a sus «anfitriones», uno de los cuales es el presidente Brownell. Sí, somos mil y, una vez abandonemos los cerebros de los «anfitriones» nos reuniremos... y podremos reproducimos y engendrar más «grykhs». Será una cadena inacabable, Nick, de modo que no tienes otra opción. Anda da la orden. Vamos, ¿a qué esperas?
Fargo se quedó helado. La inhumanidad de aquel ser diminuto quedaba ahora patente con toda claridad.
Una sarcástica carcajada resonó en su mente.
— No te atreves, ¿verdad? Mira. Nick —siguió Chalie—, nosotros no queremos causar daños a los terrestres. Simplemente, vamos a servimos de vosotros para reconquistar Zhdor y lo conseguiremos, no te quepa la menor duda.
— Eres malo, malo de veras —dijo Fargo furiosamente—. Llegué a sentir simpatía hacia ti, pero ahora te odio, Charlie.
El homúnculo seguía riendo.
— Tus sentimientos me importan un rábano —dijo desvergonzadamente—. Bien, ¿retiramos la manguera o...?
Fargo lanzó una mirada a los tres hombres que le acompañaban.
— No podemos hacer nada —dijo lastimeramente—.
Si matamos a los «grykhs» que hay en el interior de la nave, Charlie dará la orden de matar a más de mil terrestres, incluido el presidente.
— ¡Rayos! — se aterró El Zancudo.
— ¿Es eso posible? —— preguntó Peabody.

— Desgraciadamente, sí — confirmó Habbo —. Una vez vencido el procedimiento del alcohol, no tenemos ya un arma que pueda combatir a esos homúnculos. Nick, sospecho que habremos de resignamos a dejar Sphordys en sus manos.
— ¿No te lo decía yo? — exclamó Charlie triunfalmente —. Vamos, Nick, pelillos a la mar, como decís los terrestres. A fin de cuentas, éste no es asunto de vuestra incumbencia... Sólo vinimos aquí, para combatir a los «hurykhs», con vuestra ayuda involuntaria, claro; pero si establecemos un pacto, dejaremos de molestaros. La Tierra no nos interesa en absoluto, créeme.
Desanimado por completo, Fargo hizo un gesto con la mano.
— Hay que desmontar todo —dijo —. Si los matamos, los parásitos matarán a más de mil terrestres.
Habbo se sintió consternado al conocer la noticia. —Serían muy capaces— manifestó.
— Por eso mismo, debemos considerarnos completamente derrotados — respondió Fargo lúgubremente.

CAPÍTULO XII

Llovía mansamente cuando Fargo abrió la puerta de la casa de Ada. Sacudió su impermeable y luego se lo quitó, para dejarlo en un perchero. Ada salió de la cocina en aquel momento.
—Mal tiempo, ¿eh?
— Propio de la primavera. Ya sabes, unos días hace sol, otros llueve a cántaros... ¿Cómo te encuentras?
— Figúrate. ¿Quieres café? Puedo añadirle unas gotas, Nick.
— Sí, es una oferta muy tentadora.
Fargo se sentó en un butacón. Ada estornudó en la cocina.
— ¡Te has constipado! — dijo él.
— Sí, un poco. Incluso es posible que tenga unas décimas de fiebre. A veces siento escalofríos...
— Entonces, lo mejor será que te metas en la cama y lo sudes.
Ada apareció con la bandeja en las manos. Después de dejarla sobre la mesita, al alcance de su huésped, se volvió para estornudar un par de veces más.
— Estás muy grave — dijo Fargo, zumbón.
— No te rías. Este cambio de tiempo... Me pilló con ropa muy liviana, ¿sabes?
— Sí, en esta época, se cometen esa clase de imprudencias.
Ada se marchó, para volver a los pocos minutos con un termómetro clínico en la boca. Mientras se tomaba la temperatura, puso dos dedos sobre su muñeca izquierda.
Al cabo de un minuto, se quitó el termómetro.

— Treinta y siete grados y seis décimas —anunció—, Pulso, ochenta y cuatro por minuto. Además, me duelen los huesos.
— Gripe —sentenció Fargo—. Anda, métete en la cama. Te llevaré leche bien caliente con coñac y un par de aspirinas. El viejo remedio que no falla nunca — dijo jovialmente.
— Te llamaré cuando esté acostada — dijo ella.
De repente, Fargo se puso en pie, como impulsado por un resorte.
— ¡Aguarda, Ada!
Ella se marchaba ya y giró para mirarle, extrañada.
Antes de que pudiera adivinar lo que iba a suceder, se sintió estrechamente abrazada. Una boca buscó ávidamente la suya. Ada se resistió, pero Fargo mantuvo tenazmente la tensión, respirando con avidez por las fosas nasales. Al fin, la soltó.
Ada levantó su mano derecha y la estrelló contra la mejilla de Fargo.
— Pero ¿qué te has creído? —exclamó, muy furiosa—. Sal de mi casa inmediatamente...
Fargo se echó a reír.
— No te olvides de la leche con coñac y las aspirinas — dijo. Agarró el impermeable, pero, en lugar de ponérselo, salió al jardín y se puso a bailar alegremente, a la vez que entonaba una melodía vieja de más de dos siglos: Cantando bajo la lluvia.
— Loco, se ha vuelto loco de remate —dijo Ada, con la nariz pegada a uno de los cristales de la ventana desde la que presenciaba aquella curiosa escena. De pronto, vio que Fargo se volvía y le tiraba un beso con la punta de los dedos. Luego, el joven se alejó, sin dejar de saltar ni un solo momento. Pero entonces, se sintió acometida por un nuevo escalofrío, más intenso que los anteriores, y corrió a meterse en la cama.
Una hora más tarde, Fargo abrazaba estrechamente a Alvyra y la besaba con inaudita voracidad. Pero la cosa no pasó de ahí, lo cual decepcionó considerablemente a la hermosa dama, que no comprendía la mesurada actitud de Fargo, limitada a unos cuantos besos más o menos tórridos. Él, por su parte, se negó a dar explicaciones de ninguna clase.
— Vendré a verte en otro momento — se despidió.

* * *

A la mañana siguiente, Fargo se quitó la protección del cuello.
Esperó.
Una hora más tarde, sintió un leve pinchazo en la nuca. A los pocos minutos, percibió la voz de Charlie.
— Ya estoy aquí — dijo el homúnculo alegremente.
— Te esperaba —contestó Fargo.
— Veo que te has convencido de que no puedes hacer nada contra

nosotros.
— Tú lo has dicho. Sois los más fuertes, Charlie.
— Celebro que lo hayas sabido comprender. Nick, otra vez me caes simpático.
— ¡Cuánto me alegra oírte hablar así! Dime, ¿cómo marchan las cosas?
— Pues..., no podemos quejamos. Aunque Tilden cesó en sus soflamas, hay otros que piensan igual o peor que él.
— Es decir, piensan en atacar a Zhdor.
— Si los «hurykhs» no ceden en sus pretensiones, desde luego. Y no cederán, te lo garantizo.
— Eso lo ha dicho la comisionada, ¿verdad?
— Sí. Prefieren la muerte a la ignominia de firmar un tratado que no les reporte ninguna ventaja.
— ¡Qué astuto eres, Charlie! — exclamó Fargo—.
Bueno, supongamos que elimináis a los «hurykhs» o, por lo menos, los ponéis en condiciones de inferioridad. ¿qué haréis?
— Nos multiplicaremos. Serán nuestros esclavos.
— Y para nosotros, los terrestres, ¿qué?
— Zhdor tiene infinitas riquezas. Serán vuestras.
— Eres muy modesto, Charlie.
— Nuestras necesidades son más bien limitadas, Nick.
Tú no sabes lo bien que se está en el interior de un cerebro, dando órdenes cuando conviene...
— Sí, vamos, lo que se dice sin dar golpe. El nirvana puro, ¿eh?
— ¡Qué le vamos a hacer, Nick! Somos así.
— Lo estoy viendo, Charlie. A veces, la verdad, hasta me dais envidia.
De súbito, Fargo se estremeció un poco.
— Eh, ¿qué ha sido eso? —se alarmó el homúnculo.
— Nada de particular, no te preocupes.
— He creído notar algo raro. Si se trata de alcohol, recuerda que estoy inmunizado.
— ¡Por Dios, Charlie! ¿Cómo se te ocurre que podría pensar en engañarte! A propósito, ¿qué ventajas sacaré yo de esta especie de simbiosis?
— Bueno, no será cosa de un día, por supuesto, pero sabré recompensarte. Influiré en las altas esferas, por mediación de mis ayudantes, y llegarás a puestos muy elevados. Puede que un día, incluso, le conviertas en el gobernador terrestre de Zhdor.
— Una especie de virrey, ¿no?
— Más o menos. Claro que siempre a mis órdenes.
— No faltaría más, Charlie. A propósito, ¿qué será de Alvyra?
—Ah, pillín... Te gusta la fulana, ¿eh?
— Hombre, te diré...

— Está buenísima, es una tía fenomenal. ¿Lo pasaste bien en la cama con ella?
— Charlie, un caballero no comenta jamás ciertos sucesos íntimos — dijo Fargo virtuosamente.
— Está bien, está bien, no te enfades. De todos modos, podrás acostarte con Alvyra siempre que lo desees. Ya le daré instrucciones al «grykh» que tiene como huésped. — Gracias, Charlie. Por cierto, ¿qué hacéis vosotros cuando…? En fin, cuando necesitáis ...
— Oh, nosotros sólo sentimos la necesidad de reproducirnos un par de veces en nuestra existencia. No nos perdemos por el sexo, como vosotros, ¡cochinos! —dijo Charlie alegremente.
La conversación derivó luego por otros derroteros. De pronto, Fargo sintió un fuerte escalofrío.
— ¿Te ocurre algo? — preguntó Charlie.
— No, sigue hablando. Cuéntame cosas de los «grykhs». Es algo fascinante.
Transcurrió una hora más. Fargo notó que su frente ardía.
De pronto, Charlie lanzó un terrible grito:
— ¡Nick! ¿Qué sucede? ¡Tengo mucho calor!
— A mí no me pasa nada. No he tomado una gota de alcohol... .
— Estoy ardiendo — se quejó el homúnculo.
— Bah, ilusiones tuyas.
— No, te digo la verdad... Nick, me siento muy mal...
— Charlie, la verdad, no te suponía tan aprensivo...
— Tengo que... dejarte... Aquí dentro hace un calor…terrible.
— Vamos, vamos, Charlie, ¿es que te has vuelto un cobarde? Yo me encuentro perfectamente bien. Además, ahora no quiero que me dejes. ¡Caramba, después de haberme prometido el virreinato de Sphordys!
—Nick... me marcho... Esto... abrasa... ¿Qué tienes en la sangre?
— ¿En la sangre? Tú deliras, Charlie. Eh, ¿no me contestas?
No hubo respuesta. Fargo sintió en la nuca un leve pinchazo. Se llevó la mano al cuello y, con gran cuidado, retiró algo con dos dedos.
El cohete con alas se transformó segundos más tarde en una figurilla harto conocida. Charlie se agitaba espasmódicamente. Sus brazos y sus piernas se movían inconexamente. Fargo sostuvo al homúnculo en la palma de la mano, hasta que lo vio quedarse completamente quieto.
— ¡Charlie, Charlie! — llamó.
Pero el homúnculo no contestó. Había muerto. Lentamente, Fargo dejó el diminuto cuerpecillo sobre la mesa. Los científicos examinarían más tarde aquellos despojos.
En cierto modo, sentía pena. Salvo por sus intemperancias, debidas a su carácter egocéntrico, Charlie había sido un personaje simpático.

— Si no hubiera sido tan terco y orgulloso —suspiro.
Sintió nuevos escalofríos. Fue al cuarto de baño y tomó un par de aspirinas. Luego llamó a Ada.
— ¿Cómo te encuentras?—preguntó.
— Estacionaria. Durará un par de días — respondió la muchacha.
— Yo también tengo la gripe. Me voy a la cama.
— Si no me hubieras besado...
— Tenía que hacerlo. Luego besé a Alvyra. Charlie ha muerto.
— ¿Qué? — se asombró Ada.
— La gripe ha resultado demasiado fuerte para él.
Supongo que lo mismo sucederá con el parásito de Alvyra.
— Creo que te comprendo... Pero todavía quedan muchos más.
— Ahora sabemos cómo vencerlos. Hablaremos con Tilden. El persuadirá al presidente Bronwell. Le contará todo lo sucedido que, naturalmente, no se divulgará. Habrá que buscar a mil personas más, parasitadas... pero falta Charlie, que era el coordinador principal.
— Entonces, podemos considerar que los «grykhs» han sido derrotados.
— Sí, Ada. Quedan los de la astronave, pero los eliminaremos con facilidad.
— Quizá pudiéramos entablar conversaciones con ellos...
— Lo dudo mucho. Yo no lo intentaré, por supuesto.
Bien, nos veremos cuando estemos mejor, Ada.
—Sí, Nick.

* * *

La astronave de pasajeros estaba a punto de alzar el vuelo. Altas personalidades se habían dado cita en el astropuerto, a fin de despedir a la comisionada y a su séquito. El tratado comercial se había firmado, con grandes ventajas para ambas partes.
De pronto, Alvyra divisó una pareja que se mantenía apartada del grupo principal. Disculpándose cortésmente, se abrió paso y llegó junto a Fargo y a Ada.
— Debo darles las gracias por cuanto han hecho en nuestro favor —dijo—. El Gobierno de Sphordys no olvidará nunca el valor y la inteligencia que han demostrado en nuestra lucha contra los «grykhs».
Fargo se inclinó profundamente.
— También era nuestro combate, señora —contestó. Alvyra sonrió, mientras miraba alternativamente a los dos jóvenes.
— Nos llevamos la nave de los «grykhs». Se han resignado a la cautividad. Ahora sabemos cómo vencerles. Les asignaremos un territorio donde puedan vivir sin dificultades. Pero si intentan volver a las andadas...
La dama hizo una pausa.

— Señor Fargo, ella es guapísima —añadió—. En nuestra Embajada de la Tierra tienen ya instrucciones para hacerles un buen regalo de bodas. Ahora, adiós.
Alvyra tendió la mano sucesivamente a los dos jóvenes. Fargo se inclinó para besarla respetuosamente.
— Bien, esto se ha acabado ya —suspiró, después del despegue de la astronave—. Ada, ¿debemos aceptar el regalo de bodas?
—Ah, pero, ¿vamos a casamos?
— A mí me gustaría muchísimo —sonrió él.
— Peto yo no quiero ser la esposa de un tahúr.
— Ya, ya; dejaré el oficio... ¿Hay un empleo para mí en tu compañía?
— Te buscaré uno adecuado, no te preocupes. Fargo se apoderó de la mano de la muchacha. Mientras caminaba hacia la salida, ella le hizo una pregunta:
— Nick, ¿cómo se te ocurrió que el virus de la gripe podía resultar mortal para los «grykhs»?
— En realidad, no fue el virus, sino la temperatura anormalmente alta lo que expulsó a todos los parásitos. Claro que luego ya no pudieron resistir los efectos de la dolencia y murieron.
— Pobre Charlie... Si no hubiera sido tan testarudo...
— Era inteligente y todo ser inteligente está en condiciones de hacer su elección. Charlie tomó el camino equivocado, eso es todo.
— Espero que los otros «grykhs» hayan aprendido la lección —deseó la muchacha.
— Saben que los «hurykhs» también la han aprendido. No volverán a las andadas —aseguró Charlie.
Maquinalmente, se frotó la nuca. No, ya no habría parásitos que dispusieran a su antojo de las mentes de las personas, pensó.

FIN